

2021-05-01

Refugio en Familia

Edgar Aguilar Araoz
University of Texas at El Paso

Follow this and additional works at: https://scholarworks.utep.edu/open_etd



Part of the [Creative Writing Commons](#)

Recommended Citation

Aguilar Araoz, Edgar, "Refugio en Familia" (2021). *Open Access Theses & Dissertations*. 3211.
https://scholarworks.utep.edu/open_etd/3211

This is brought to you for free and open access by ScholarWorks@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of ScholarWorks@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

REFUGIO EN FAMILIA

EDGAR AGUILAR ARAOZ

Master's Program in Creative Writing

APPROVED:

Daniel Chacon, M.F.A., Chair

Sasha Pimentel, M.F.A

Sara Potter, Ph.D.

Stephen L. Crites, Jr., Ph.D.
Dean of the Graduate School

Copyright ©

by

Edgar Aguilar Araoz

2021

A "Charrito", Juan Chávez por darme tanto en tan poco tiempo.

A "Nachi", quien después de décadas y ciudades sigue presente.

RESGUARDO EN FAMILIA

by

EDGAR AGUILAR ARAOZ, B.A.Com.

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of

The University of Texas at El Paso

in Partial Fulfillment

of the Requirements

for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing

THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO

May 2021

AGRADECIMIENTOS

A todas las familias en las que me he refugiado para llegar hasta esta línea el día de hoy, de todas ellas llevo una parte conmigo, en todas ellas dejo algo de mí.

A mi papá Luis Enrique, mi mamá Edith, Vania y Luis, desde el origen, por aguantar tanto cuento y seguir en el relato. Los amo.

A mis tíes Sylvia, David, Martha Torres y Lulú por su ejemplo siempre de cuidado y amor.

A Don Juan†, Doña Isabel, Martín, Mari, Juan Carlos, Karina, Jando, Lorena, Beto, Mingo, Miriam, Filo y Ruth, por la inquebrantable solidaridad.

A UTEP, Departamento de Escritura Creativa, mis profesores-amigos-gurús Daniel Chacon, Sasha Pimentel, Sara Potter, por la constante enseñanza, siempre.

A Sylvia Aguilar y Carlos A. Hernández† por el calor de hogar que necesitaba.

A José Abril y Manuel Llanes por su compañía hermana, por seguir compartiendo.

A Karla y Diego Ordaz por la gran disposición y su gran amor.

Al Pancho Arce por su bondad comiquera.

A mis hermanos creativos, Mari Pachón, Mayela de Velázquez, Antonio Baca, Alaíde Ventura, David Cruz, Jefferson Daniel de Los Ríos, Ben Bouvet-Boisclair, Erik Fernández, Noraya Ccoyure, Glenda Martínez, Laura Vázquez, Sergio Godoy y Kalina Gallardo.

A Alejandro Almazán, al Instituto de Cultura de Durango y a los compañeros en el campamento Otinapa 2019, por la fuerte conexión que armamos, también el relajo.

Las Biblioteca de UTEP y El Paso Public Library, por ser un refugio en los días fríos.

A Viridiana, por acompañarme en los momentos difíciles, por toda tu paciencia, tu gran tenacidad, por tu sonrisa amorosa siempre.

TABLA DE CONTENIDOS

AGRADECIMIENTOS	v
TABLA DE CONTENIDOS	vi
LISTADO DE IMÁGENES	vii
PREFACIO	ix
BIBLIOGRAFÍA	xxiii
RESGUARDO EN FAMILIA	1
VITA	119

LISTADO DE IMÁGENES

Figura 1 - Pedazo de Papel	3
Figura 2 - Duque y Vainilla.....	12
Figura 3 - El Tap	16
Figura 4 - Ojo espiral	17
Figura 5 - Boceto de La Loma	20
Figura 6 - Sopa de Letras	22
Figura 7 - Chat con mi hermana	23
Figura 8 - Crayoleo	27
Figura 9 - Registro, primer cuento	33
Figura 10 - Primeros bocetos en tablet.....	35
Figura 11 - Correo a Tim Hernandez	37
Figura 12 - Comic del Chely	41
Figura 13 - Hoja quebrada, ojo nos mira.....	44
Figura 14 - Caricatura de Torta Plaza	46
Figura 15 - El Cacarizo en Los Olvidados	49
Figura 16 - Acta de defunción - Efraín Araos	51
Figura 17 - La Paletería.....	56
Figura 18 - Ojo Estrella.....	58
Figura 19 - El Ojo que Brota	62
Figura 20 - No podía volver a dormir	64
Figura 21 - Boceto - Niños a la calle.....	70
Figura 22 - Pan dulce y café.....	73
Figura 23 - La Curva	77
Figura 24 - Momentos Toxic Beer	82
Figura 25 - Esquema Pintarrón.....	87
Figura 26 - Plano Axial Garganta	95
Figura 27 - Entramado de Madera.....	103

Figura 28 - Comic Análogo.....	114
Figura 29 - Comic Digital	115

PREFACIO

En noviembre del año 2020, a ocho meses de que fuera declarada la pandemia mundial COVID 19, escribía una novela gráfica autoficcional sobre las historias de enfermedad en mi familia. El centro narrativo, sobre el cual todo gravitaba en esa novela, era la muerte de mi abuelo que ocurrió cuando yo tenía diez años de edad.

A principios de diciembre del mismo año, algunos miembros de la familia de mi pareja, mi pareja y yo enfermamos de COVID 19. Cuando empezábamos a curarnos, mi suegro murió después de estar internado dos semanas en el hospital general de Tijuana. A partir de esta pérdida, gran parte de los recuerdos de mi infancia que habían estado guardados, resurgieron.

El inicio del año 2021 se auguraba poco favorable. El miedo a volver a enfermar, además del duelo por la pérdida de Don Juan, mi suegro, ejercían sobre nosotros una atmósfera de pesadumbre. Contrario al verano previo, durante el cual funcionó resguardarme en mi trabajo para evadirme y mantener cierto optimismo, durante los primeros días del año, resultaba angustiante pensar que lo peor estaba por suceder. Constantemente consideré darme de baja de la matrícula escolar. Además, desde noviembre sentía la novela gráfica inconexa y sin dirección, estancada. Por otro lado, se volvía latente la intensa conexión entre la muerte de mi suegro y la de mi abuelo.

En la primera semana del año 2021, decidí cambiar mi proyecto de arte secuencial de autoficción a una novela no ficción, ilustrada con varios registros de imágenes. Quizá debí apegarme a la narración textual y guardar las imágenes generadas para cuando retomara la novela gráfica. Pero no lo hice. Sentí que al quitar imágenes omitía la otra mitad del relato. Tuve la idea de generar viñetas para ilustraciones que yo consideraba los momentos clave de mi narración y me disponía a ello. Esbozaba esos momentos, cuando una noche, mientras recibía mensajes de voz de mi hermana, hice una captura de pantalla del chat de *Whatsapp* (pagina 23 - imagen 6). No tenía

una explicación para justificar el uso de esa imagen, simplemente me gustaba como parte de un mosaico, sobre el texto en pantalla. A partir de ese momento, fui concretando el uso de varios registros visuales generados durante distintos momentos, alojados en mis archivos personales. Tomaba forma una línea medular de este proyecto: la acumulación de registros desordenados. En la narración, el ideal del narrador sería ordenar sus recuerdos.

Entendí que cualquier dibujo que yo pudiera elaborar perdía importancia ante imágenes que guardaba de distintos momentos de mi vida, teniendo más importancia aquellos relacionados con la enfermedad y con mis familiares. Inició en ese momento un rompecabezas del que sabía de antemano no tendría el juego de piezas completas. También el rompecabezas sería esencial para este proyecto, al leer esta novela, vemos fragmentos textuales y visuales. Difícilmente cada una de ellas es algo completo, algo terminado. Sobre los fragmentos, David Lynch le dice Patti Smith, en una conversación: "I get ideas in fragments, I always say. It's as if in the other room there is a puzzle. All the pieces are together but, in my room, they just flip one piece at the time into me and the first piece I get is just a fragment of the whole puzzle, but I fall in love with this fragment," (Lynch, Smith, 1'39"). Está es lógica con la que se construye esta novela, la forma en que compulsivamente opera la voz y pensamiento del narrador.

Desde niño tengo dificultad para desapegarme de las cosas que para otros no tienen importancia. Cartas, boletos del cine de una película "especial", cuadernos sobre los que escribí algún dato, pequeños pedazos de corcho sobre los que grabé alguna palabra, plumas que ya no pintan, imágenes digitales. Entendí que nunca he sido un coleccionista, quien cataloga y ordena sus registros, sino más bien un acumulador compulsivo, que para esta idea funciona mejor el término en inglés compulsive hoarding, definida como "the acquisition of and failure to discard possessions of little use or value" (Randy, 1072).

Mi proyecto consta de 54 episodios, cuyas extensiones varían desde un párrafo a un máximo de cuatro cuartillas. Utilizo crónica como instrumento narrativo, con las cuales pretendo construir un universo desarticulado en tiempo y espacio. Ese universo narrativo se construye en tres tiempos:

1. La niñez, durante enfermedad, muerte y el duelo en familia de perder del abuelo.
2. Los momentos en que escribo la novela gráfica como estudiante de UTEP.
3. Enfermedad y muerte de Don Juan.

Aunque la pretensión del narrador es ordenar sus (mis) recuerdos a lo largo de la novela, él falla, pues aún le resultan muy cercanas las experiencias vividas durante la pandemia.

La estructura no cronológica de la novela fue esencial para presentar desarticuladamente una etapa específica de la concepción, donde los recuerdos se presentan fugaces y escurridizos, en los que no hay control sobre ellos, la imposibilidad de concretar para explicar lo que está sucediendo. A través de ese recurso me interesa generar una experiencia lo más vívida posible al mostrar imágenes en texto, en vez explicar por medio de la voz o la reflexión. El narrador construye con lo que tiene a la mano.

A poco más de tres meses, ya ha sido posible reflexionar, pero, insisto, lo que me interesa es llevar al narrador y lector a un recorrido de emociones en su mayoría relacionadas con la inseguridad y la incertidumbre, durante el proceso de escritura de esta novela. Otro mecanismo que se añade a las formas de actuar, manías del narrador, es ir siempre al origen. ¿Qué idea surgió primero? ¿Cuál es la causa de todas estas ideas? Esas preguntas son el motor de escritura de la novela, al momento de revisar las imágenes de archivos, al platicar con sus familiares, durante la pandemia, en los momentos de sepelio y luto. El descubrimiento se vuelve latente, pero no es

expresado o reflexionado, el peor miedo existe en la primera etapa y la obra y contexto pandémico son los momentos de crisis, en los que esos miedos se manifiestan, se vuelve reales.

Es importante mencionar que, durante la escritura de este trabajo, entendí que este sería un proyecto de largo aliento. Si bien esta novela es la primera parte, me propongo concluir la novela gráfica como segunda y en una tercera me propongo desaparecer el yo para explorar las otras voces a mi alrededor durante la pandemia: todo lo demás que el otro tenga que decir. Si bien en esta entrega aparecen algunas voces, ocurren de forma mínima, con la intención de mostrar al narrador incapaz de hacer conexión, de dar apoyo a sus voces alrededor, de generar más aislamiento durante la pandemia. También de mostrarlo en su propio laberinto de ideas y recuerdos.

A pesar de que hay constantes registros de lo ocurrido recientemente, me interesa destacar esa etapa en la confección de esta obra, en la que los recuerdos son fugaces y hasta cierto punto inconsistentes. A veces buscando evocar imágenes de su niñez termina pensando en detalles que en un principio no entiende, pero que lo conectan con emociones recientes y cotidianas. ¿Cómo esto en el presente me conecta con aquello en el pasado? ¿Cómo aquello está en todo lo que pasa hoy? Son también preguntas articuladoras del relato, que no aparecen como tales, pero que son claves para entender los saltos que hay entre capítulos, la desarticulación narrativa es reiterativa.

Más que generar una muestra fidedigna para sustentar lo que escribo, las ilustraciones evocan una necesidad del narrador por intensificar las conexiones emocionales con los momentos escritos.

Cuenta con 31 imágenes: fotos (de detalle, de edificios, de paisaje, de esquemas), fragmentos de la novela gráfica que escribía, bocetos a lápiz, una sopa de letras, capturas de chat, el fragmento de un cuento, los primeros bocetos digitales que hice, un correo electrónico, los

primeros autorretratos a lápiz que el narrador hizo para el comic, un fotograma, un acta de defunción.

Gran parte de la reflexión y concepción de este trabajo surgió durante la lectura y diálogo con obras como la Michael Ondaatje en *The Collected Works of Billy The Kid*, libro híbrido sobre la mítica figura del pistolero adolescente, que utiliza varias técnicas literarias como el poema, la crónica, la nota periodística. También recurre la fotografía, el archivo histórico, para contar la y recrear un contexto violento, que dota a sus personajes de gran humanidad. Al respecto Aarthi Vadde, nos dice sobre el libro con relación a la obra del autor: "The transnationally shared pasts that Ondaatje's novels explore are made posible by what I call his archival method. Ondaatje develops an aesthetics and philosophy of the archive that magnify the instabilities of history, myth, and memory." Lo que había entendido como un proceso de escritura libre, es lo que encontré en la obra de Ondaatje como un constante diálogo con el archivo y con la figura difusa de Billy the Kid. libro de gran libertad creativa cuya fuerza está en las rupturas de cada una de sus partes.

Un recurso que considero sumamente valorable que encuentro en *The Collected...* es precisamente no detallar minuciosamente, sino en generar micro relatos más parecidos a viñetas o a postales literarias, que invitan al autor a ser partícipe de esta configuración en el armado del universo narrativo.

Es sumamente importante y valorable el carácter híbrido y fragmentario al escribir mi trabajo, pues no fue sino hasta después de leer *The Collected Works...*, que entendí que mi obra pudiera tener similitudes. Es cierto que Ondaatje recurre a varias formas literarias, yo solo utilizo la crónica y la imagen.

Precisamente en esa primera hoja del libro de Ondaatje nos presenta cuadro blanco, cuyo fragmento de pie de foto dice, “I send you a picture of Billy made with the Perry shutter as quick as it can be worked—Pyro and soda developer.” A lo largo de todo libro se evoca, por medio de la ecfrasis, esa imagen del protagonista que no aparece nunca.

En tono de homenaje, como mi primera ilustración en la página 3, aparece la foto hoja en blanco junto a mi mano. Mi intención es conectar la imagen con la frase en la página 1: "Tengo el hábito de escribir sobre papelitos con el ideal de ordenar, con el anhelo armar mis relatos con las frases de esos papelitos". La palabra "papelitos" aparece a lo largo del relato.

También intento plantear lo cuestionable, lo fugaz y lo intrascendente del registro como conexión con los recuerdos, así como la facilidad con las que estos se pierden, se construyen y/o desaparecen.

Otra obra a la que constantemente revisitaba durante la escritura, primero del comic, después de la novela, fue la novela gráfica *Maus* de Art Spiegelman, la cual cuenta la historia de un sobreviviente de los campos de concentración nazi. Contada en tres tiempos: las peripecias que Vladek hace para sobrevivir en los campos, los momentos en que es entrevistado por el hijo Art para que el padre cuente la historia, y cuando Art elabora o reflexiona sobre la historia que escribe y dibuja. Muy importante es mencionar que en esta historia los judíos son dibujados como ratones y los nazis como gatos, además de otros animales que representan humanos de distintas razas.

La mayor aportación de esta obra a mi proyecto fue dividir en tres tiempos generales la narración. Aunada a esa cualidad, fue que a través de una entrevista que vi del autor entendí, que necesitaba de este artefacto narrativo para ordenar mis recuerdos y lo que sabía sobre mi familia. En *Maus*, Art, uno de los narradores y protagonistas de la novela, sitúa desde un tiempo presente las entrevistas y los momentos de dibujo, las horas en las que reflexiona y articula sus recuerdos.

A manera de explicación, Art Spiegelman ha comentado más de una vez que él no tenía en mente crear una obra de consciencia histórica sobre las atrocidades del Holocausto, sino tratar de entender por lo que sus padres habían pasado: "I mean, in order to understand, to remember I had to put it in chronological order; take this nightmare images and put them in little boxes, in order to kind of safely contain and understand what my family had gone through" (Alvar, 3'07"). No solo reflexiona, sino también ahí es donde recibe los golpes, emocionales, las cargas y culpas históricas, las responsabilidades sociales, entender que su texto se sostiene sobre las muertes de otros.



Maus de Art Spiegelman, 41

Es de esa idea, "para entender, para recordar...", de donde tomo la pretensión de ordenar por medio de la narración los eventos familiares, que suceden mientras escribo el comic. A partir de ese afán, mi narrador intenta ordenar sus recuerdos, pero no lo logra. Como escribo en la página 106: "Mis papelitos no guardan geniales ideas, sino ilegibles caracteres que proponen vacíos, inconexiones, lagunas mentales".

También es que a partir de Spiegelman, sustento mi necesidad personal de honrar a los que ya no están, en este caso las muertes de mis abuelos, mi suegro, mis tíos José Manuel, el Cheli, Raúl Sáinz, Mario Ernesto y Francisco Javier: "was necessary for me, this thirteen year project, this book that functioned in a way like a *yahrzeit* candle, a candle of memory for the dead (Alvar, 3'07").

Una novela gráfica a la que volví varias veces, por lo compleja, intensa, fascinante, fue *La Ascensión del Gran Mal* de David B, mejor conocida en inglés como *Epileptic*. Narrada primero por Fafou, quien después cambia de nombre a David B, cuenta la historia de su familia y los suplicios que esta vive tras la búsqueda por encontrar cura para la enfermedad de Jean Christophe, el hermano mayor. La aportación que esta obra hace a mi trabajo va con la presentación visual, la construcción de miedos, ansiedades y rencores generados por el contexto de enfermedad. Para esto, David B, crea unos seres tipo entes-deidades, amigos imaginarios que acompañan al protagonista.



La Ascensión al Gran Mal, David B, 59

David B, lleva el recurso de las deidades al punto máximo cuando dibuja un ente específico, algo parecido a un reptil para representar el mal en el hermano, que está siempre al acecho para presentarse como ataques epilépticos que afectan a toda la familia.

En mi novela creo una deidad que está en todo. Aparece en forma de ojo que todo lo observa. Un mal que brota primero desde el interior del cuerpo del abuelo, pero que después se manifiesta como algo que acecha a toda la familia, como un mal inminente, la ansiedad de que está por suceder algo horrible. El ojo o ente en mi novela es la concretización del miedo (página 43): "Un ojo que observaba y que empezaba a filtrarse a una especie de ente omnipresente hacia todas las direcciones del relato. En todos los niveles." En distintos momentos de la novela, de manera visual y textual, aparece esta imagen. Primero como una mancha, luego una espiral, el recuerdo de una figura en literatura de terror, hasta el origen que tiene que ver con la representación del cuerpo del abuelo enfermo, un ojo que brota en su traqueotomía.

La novela *Solenoid* de Mircea Cărtărescu, se pretende como un detallado informe, según su narrador. Episódica y minuciosa, cuenta las vivencias de un profesor de rumano en un barrio rural de Bucarest, en una secundaria, con una carrera literaria sin brillo. Nos presenta varias etapas de su vida sobre las que destacan la adquisición de una casa que parece un viejo barco, junto a fábricas oxidadas y abandonadas; su ingreso a la facultad de literatura, su fracaso como poeta. La atmósfera del relato ocurre entre lotes baldíos, herrumbre y desolación de complejos industriales olvidados.

Retomo de Cărtărescu ideas sobre la construcción del espacio y tiempo de la novela. Si bien, *Solenoid* es una constante evocación del pasado a partir del presente, fue determinante su forma de construir escenarios: "La torre del agua se alza, oxidada, sobre un vasto paisaje

compuesto de fábricas —la mayoría abandonadas— con los cristales rotos, depósitos de madera y quioscos de zumos y galletas. Unos cuantos ciruelos, flagelados como mártires, entre los raíles del tranvía. Están ennegrecidos por todo el hollín del mundo” (Cărtărescu, 457).

Respecto a los escenarios desolados en mi novela, primero construí con el escenario la loma para el comic, después "la curva", lugares que también remiten al abandono y desolación. En ambos lugares ocurren pequeños desastres. En la novela gráfica, un campo de futbol se inunda, en la novela, un basurero se incendia en la página 76, se narra a través de la presentación de un personaje: "Casi cien metros de puro pinche cochinerol', dijo Armando el vecino de a lado, la madrugada que se quemó la curva".

También tomo de *Solenoides* la idea de escribir un informe más que una novela. Con la premisa de que su novela no la leerá nadie, el narrador renuncia a la complacencia del lector, genera universos densos, abrumadores, por momentos abigarrados, con el afán generar un registro que le permitirá observar lo que piensa, “Quiero escribir un informe, aunque no sé todavía de qué tipo ni tampoco qué haré con estas páginas.” (Mircea Cărtărescu, 100).

A diferencia de Cărtărescu, en vez de la densidad, trato de presentar solo esbozos de escenarios por venir, lo que presento son pequeños fragmentos, una especie de escueta bitácora elaborada, que se manifiesta mejor en la página 108:

"mi abuela. perdí su atención.

nieto consentido no pude contra la muerte del abuelo

se rompió conexión con ella"

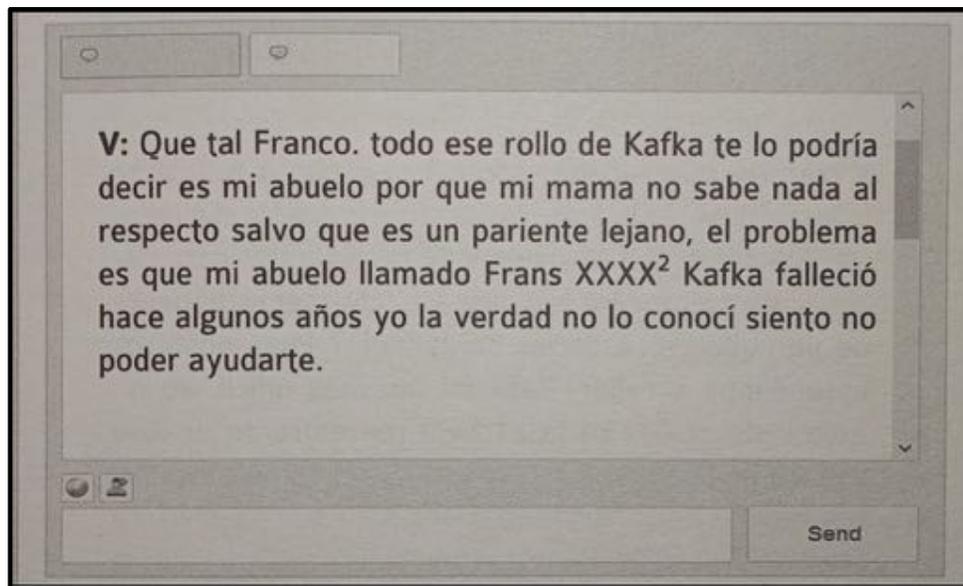
Lo anterior es una transcripción de un cuaderno que el narrador conserva como parte de sus incontables archivos de texto. Recrea una nota que hizo mucho antes de iniciar la novela.

Otro hallazgo valioso lo encontré en la novela *Entre los Rotos* de Alaíde Ventura, que cuenta la vida de una mujer joven, quien reconstruye su historia familiar a partir de una colección de fotos que pertenecieron a su hermano. En esa reconstrucción del pasado, descubre y reflexiona como la violencia ejercida por el papá marca a todos sus integrantes. El *leitmotiv* en la historia es la colección de fotos del hermano, que no se muestran en la novela, sino que son evocadas por medio de ecrásis. La narradora tiene como pregunta detonante, ¿por qué Julián, su hermano, guarda esas fotos? A manera de obsesión la voz narradora se cuestiona y recrea los momentos en esas fotos: "Lo primero que me pregunto es quién nos habrá tomado esta foto, si en ella aparecemos los cuatro. En esa época no recibíamos visitas en casa. A papá no le gustaba." (Ventura, 12). Encontrarle el sentido que esas fotos tenían para el hermano, pero también ordenar y entender la familia en la que crecieron hermano y hermana. Las fotos están conectadas a vivencias, una ancla para los recuerdos.

En cierta forma, hago algo parecido a lo que Ventura hace en *Entre Los Rotos*, el narrador en la historia guarda detalles que se presentan en la novela a través de imágenes a las que no puede renunciar. A veces el propósito del narrador es encontrar el sentido de esa imagen en sus recuerdos. Otras veces es el reflexionar ese recuerdo, para descubrir otras cosas que estaban ocultas. No las entiende del todo, pero tampoco las deja ir. Quizá las entienda después, en otro momento que no está en la novela. Lo que queda por el narrador es preguntarse porqué guarda estas imágenes, ¿cómo estas imágenes se conectan con lo que estoy diciendo? A veces puede ocurrir que no hay esa conexión, pero él insistirá en qué sí.

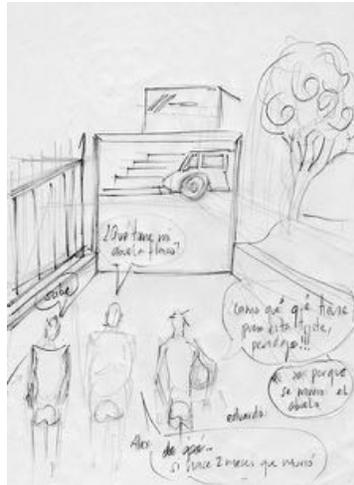
Algunas resoluciones llegaron al leer a *Kafka en Traje de Baño* Franco Félix, que al igual que Cărtărescu resultó similar al proyecto que presento por su carácter de informe. El libro de

Félix, compuesto por tres relatos, el primero que lleva el título del libro, cuenta la historia de un investigador que busca la descendencia de Franz Kafka en Sonora, México. No solo da cuenta de los hallazgos, sino también del estado de ánimo del narrador ante sus pesquisas. Utiliza además la construcción de un archivo visual por medio de genogramas familiares, imágenes de correos electrónicos, conversaciones de *Facebook*, post de *Twitter*, retratos, fotos de edificios, actas, carnets de identificación, diarios oficiales. Utiliza las imágenes para documentar el transcurso de su investigación. Las imágenes por sí solas, constituyen también una línea narrativa, una conexión bastante sólida y efectiva.



De la misma forma en que Franco Félix integra registros visuales, conforme 31 imágenes a lo largo de toda la novela para documentar e ilustrar mis hallazgos en la historia, así como generar una narrativa desde las mismas imágenes. Las cuáles inician con la alusión al pedazo de papel y concluyen con las primeras páginas del comic que escribía. También las imágenes aluden a una tensión contenida, una frustración por la irresolución visual. La ilustración que mejor ilustra este

factor es aquella dónde los niños caminan a "la loma", en la página 70, la cual también habla de un momento fallido, que el narrador no puede concluir en términos estéticos.



Cómo proyecto de escritura esta novela ha tenido su propio grado de dificultad, un costo emocional alto. Es un proyecto que he trabajado en varias formas y formatos, al que también he renunciado, antes de que fuera declarada la pandemia. Durante el contexto COVID 19, gran parte de esa dificultad fueron la ansiedad, la angustia o el estrés. Mi propósito al escribir este trabajo es explorar esos momentos utilizando textos e imágenes, y presentarlos de forma fragmentada, no cronológica, para mostrar un personaje en caos, tratando de entender lo que está sucediendo.

Es pertinente comentar el artículo "Ansiedad", publicado por la escritora argentina Mariana Enríquez, precisamente en junio del 2020, sobre su vida durante la pandemia, en el que se pregunta "cómo es posible semejante concentración a propósito de una nota donde varios escritores dicen que no pueden leer, no pueden ver películas, están ansiosos e hiperalertas y pasan la mitad del tiempo en videollamadas o chequeando si los familiares y amigos necesitan algo", (Enríquez, 3). Fragmento que resalto porque describe en pocas palabras un estado en el que muchas personas vivimos hace unos meses (algunos viven aún). La escritora tiene la claridad y honestidad de

escribirlo, pero apelo con la novela a lo contrario, la incapacidad explicarlo, la escuetez de presentar estímulos que llevan a una persona no solo a guardar recuerdos compulsivamente, sino a explorarlos a manera de rompecabezas para encontrarse en ellos.

Con este trabajo personal, fue necesario escribir sobre familiares ausentes. Hubo un llamado en el que cambié la dirección del proyecto para escribir esto. Al final, como proyecto literario, pienso que me he dedicado a seguir estímulos y explorarlos con distintas técnicas textuales y visuales. Apelo a que estos estímulos resultan intensos, vívidos y efectivos.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvar, Marcia. The Holocaust Through the Eyes of a Maus (Art Spiegelman). *Upon Refelction*. University of Washington TV. Youtube. 1991. Web. 10 dic. 2019.
- B., David. *La Asensión al Gran Mal II*. Ediciones Sinsentido. 2002.
- Cărtărescu, Mircea, *Solenoid*, trad. Marian Ochoa de Eribe, Titivillus, 2017
- Enríquez, Mariana. "La Ansiedad." *Revista de la Universidad en México*, Especial: Diario de la Pandemia / DOSSIER / Junio 2020. www.revistadelauniversidad.mx/articles/41725f69-40a0-4229-b7d2-8bc714717cd2/la-ansiedad. Consultado el 1 de abril de 2020.
- Frost, Randy O., et al. "Mood, personality disorder symptoms and disability in obsessive compulsive hoarders: a comparison with clinical and nonclinical controls." *Behaviour research and therapy* 38.11 (2000): 1071-1081.
- Ondaatje, Michael. *The collected works of Billy the Kid*. Second Vintage International Edition, May 2009. Epub.
- Smith, Patti. *Patti Smith y David Lynch Entrevista sobre Twin Peaks, Blue Velvet y Pussy Riot Subtitulado*. Youtube. 7 Jun. 2016. Web. 1 May. 2021
- Spiegelman, Art. *Maus II*. Penguin Random House Grupo Editorial, 2014.
- Vadde, Aarthi. "National Myth, Transnational Memory: Ondaatje's Archival Method." *Novel: A Forum on Fiction*. Vol. 45. No. 2. Duke University Press, 2012.
- Ventura, Alaíde. *Entre los Rotos*. 1 edición, 2019. Ciudad de México: Penguin Random House Grupo Editorial. Reimpresión 2020.

RESGUARDO EN FAMILIA

En septiembre de 2018 empecé a escribir un cuento del que solo conservo la frase "todo inició con una pequeña tos". Escrita sobre un pedazo de papel, pegada junto a mi escritorio, en el apartamento 3 del 607 Rio Grande Avenue Este, en El Paso.

El párrafo anterior lo escribí en Tijuana a mediados de febrero del 2021. En un segundo piso, sobre una paletería en la Colonia Guaycura. Escucho el viento, típico de esta época del año. Me asomo a la ventana y una columna de polvo recorre la calle sin pavimento. Por momentos se pierden de vista partes de las casas al frente. Imagino que zozobrarán en un convulso río de tierra. En ese río escucho el crujido de papeles, plásticos que se elevan violentamente o se estrellan en los cables de la luz.

Tengo la hábito de escribir sobre papelitos con el ideal de ordenar, con el anhelo armar mis relatos con las frases de esos papelitos. Guardo tantos de ellos, cada uno conectado a un momento. Pequeños registros que acumulo en paredes y cuadernos. Constantemente los pierdo y los encuentro, debajo de muebles, en bolsas o mochilas, en la cocina, en el patio, empapados de orines o embarrados de caca de perro.

Estoy seguro que algunos de ellos revolotean allá afuera en el ventarrón, que contaminan el espacio aéreo, que llegan al Río Tijuana, a la playa. Vivo para reconfigurar el orden de esos recaditos. A veces sobre el mosaico de palabras escritas con distintos colores de tinta, llegan momentos que no tienen aparente relación con lo que intento recordar, pero se pegan a mi piel a lo largo del día, como garrapatas que engordan hasta volverse burbujas de sangre a punto de reventar.

Sé que esas memorias se conectan irremediabilmente con la pandemia que sucede hoy. Dibujos, palabras y notas son artefactos de orden. Sé que estoy en un trance en el que todo se enloda entre más escribo, pero pasará. Encontraré la conexión a la claridad y limpieza de recuerdos.



Cuando era niño viajé con mi familia y amigos a otra ciudad. Nos transportamos en una combi volkswagen. Viajábamos 13 personas. Íbamos tres niños en la parte trasera, entre mochilas y equipaje. Los adultos se acomodaban, piloto y copiloto hasta adelante, otro grupo se apretujaban en dos asientos en la parte media.

Al regreso del viaje, paramos para ir al baño. Nos separamos en dos grupos: el de hombres y el de mujeres. Árboles de eucalipto se mecían a un lado de la carretera. Yo por ser el menor, iba entre el grupo de mujeres. Aunque el otro niño se burlaba de mí por no ir con los hombres, yo estaba contento. Durante el viaje habían estado al pendiente de mí. Cada que parábamos me tocaba un dulce o fruta de parte de ellas. La mayoría bajó sus pantalones para orinar, incluyendo mi mamá. También oriné. No recuerdo haber visto nada más. Creo que estaba demasiado chico para interesarme por ver descubrir cuerpos y ellas tampoco prestaban importancia. Solo recuerdo que hacía viento y alguien me cubrió con un sarape o cobija.

Subimos a la combi para continuar con el viaje, me doy cuenta que mi mamá no está en el grupo, pero mi papá sí. El conductor enciende el auto, pero mi madre aún no regresa. Entre maletas, grito que mi mamá aún no vuelve. El auto en marcha, miro atrás, mi madre aparece entre los árboles, hace señas con las manos para que pare el vehículo. Grito que mamá corre detrás, la combi avanza.

Mi tía grita el nombre de mi mamá, todos estallan en carcajadas. Al subirse al auto, mi madre, por el ataque de risa, no puede sostenerse. Soy el único que llora en la combi. Sigo llorando parte del trayecto. Aunque lo hago en silencio los otros niños se burlaron de mí.

Esa noche soñé lo ocurrido. En el sueño estaba oscuro, el auto nunca se detenía. Mi madre que se iba encogiéndose en la carretera, apenas visible por la rojiza luz trasera de la combi. Otra versión sucede que al alejarse el carro, unos hombres perro la alcanzan, la tiran al suelo y brincan

sobre ella, mientras en el interior del auto todos se carcajean, pero nadie ve a mamá. Sus huesos crujen.

Al despertar noté que había orinado la cama.

Llegué hace dos años y cinco meses a El Paso, Texas a estudiar una maestría en Escritura Creativa. Estoy en mi último semestre. Escribo mi tesis y si llego a defenderla, me convertiré en Maestro en Artes.

Para ingresar, presenté un proyecto de novela gráfica sobre las historias de enfermedad en mi familia, una memoria. Desde el ingreso, he cuantificado las enfermedades que recuerdo. Durante un tiempo me concentré en las que ocurrieron durante mi infancia. No importa las muchas que enumere o nombre, siempre vuelvo al cáncer del abuelo, quien después de pelear más de tres años contra la enfermedad, murió de una hemorragia. Su sangre salía por su traqueotomía. Yo no lo vi morir, pero tengo la imagen de él tosiendo con tal fuerza que salpicaba el techo. Nunca he preguntado para corroborarlo.

El día que cumplí diez años, 26 días después de la muerte del abuelo, noté manchas en el foco, tres puntos café. Fui a la cocina por un trapo húmedo para tallarlo. Me subí a una silla que puse sobre el colchón. Al treparme todo se tambaleaba. Tuve que sujetarme del foco para no caer, se fundió. Lo quité y le dije a mi abuela. Me lo pidió. Sin dejar de mirarlo caminó hasta a la silla de cabecera de su comedor. Cuando salí de casa minutos más tarde, ella seguía ahí viendo el foco, en silencio. Aunque nunca lo vi, estoy seguro que lo guardó.

No sé cuánto tanto tiempo pasó después de la muerte del abuelo, cuándo mi abuela se mudó a otra casa. Un día mi mamá dijo que iríamos a visitarla, pero fuimos a otro lugar. Ya estaba totalmente instalada. La vi más apagada que de costumbre. Lo único que recuerdo de entonces, es que su casa estaba muy cerca de la central camionera. Me preguntó mi mamá si quería quedarme con mi abuela. Le dije que no.

¿Ah si loco, eres bueno dibujando?

No. Me gusta un chingo hacerlo, pero no soy bueno.

Y entonces, para qué quieres hacer una novela gráfica.

No lo sé. Se me metió la pinche idea. Originalmente apliqué a una maestría en arte contemporáneo, en el que quería hacer retratos de mis familiares enfermos. Pero me mandaron a la verga. Entregué un portafolio bien culero y ni me contestaron después de la aplicación.

Pero entonces es la primera vez que vas a hacer un comic.

Si.

No pues yo te diría que mejor te aventaras otra cosa. No sé, un poemario, un libro de cuentos, algo más sencillo, para que te dediques a pasarla bien mientras estés por acá. Que te paguen en dólares para que vengas Juaritos a tragar como rico.

¿En serio bato, un comic? Que chido. ¿Sobre qué? Ya conociste a Malena, ella hizo uno feminista hace como tres años. Léete *Watchmen* y sobre todo *Maus*. ¿Cuánto llevas? ¡¿Nada?! Yo te diría que empieces ya.

En la primavera de 2020, algunos estudiantes del programa de escritura iríamos del 4 al 8 de marzo, a la *Association of Writers & Writing Programs Conference & Bookfair* (Congreso de AWP), en San Antonio, Texas. El propósito era conocer el evento y atender una mesa de promoción del programa. Pero había una noticia que era tinta en agua: cada vez más instituciones participantes cancelaban.

Hasta que los directivos de nuestro departamento nos dijeron que éramos libres de ir, que nos apoyaban con los gastos, pero que habría poco que ver en San Antonio. Me vino mejor quedarme, mi hermano estaba en la ciudad para el Congreso Mexicano de Literatura. En vez de ir otra ciudad, durante esa semana me dediqué a estar con mi él, a recorrer la ciudad, a tomar whiskey y cerveza.

¿Creés que todo esto se vaya a ir a la mierda, hermano?, le pregunté.

No creo, yo pienso que todo esto es una pantalla de humo.

Sí, algo así también me imagino. Se supone que desde diciembre está tronando todo este pedo. Supuestamente en San Antonio si está azotando culero, pero no sé. En una semana me voy a Tijuana a pasar el springbrek. Regreso remasterizado.

Una semana antes del springbreak, el Profesor Chacon, Chair del departamento, me dijo que me preparara para dar clases y sostener las dinámicas de grupo a través de *Blackboard*, porque había altas probabilidades de que no regresáramos a clases presenciales.

Escuché a los perros gruñir en el patio, diferente a como los oigo todos los días. Lo que más llamó mi atención es que estaba lloviendo. Cuando llueve, se amontonan en sus casas y no salen.

¡Ahí traen una pinche rata, los cabrones!, dijo Don Juan.

Sucede comúnmente que encontramos el cadáver de algún roedor en el patio.

Yoli entró a casa a pedirme que recogiera una rata que mataron los perros para que no la viera su mamá, porque luego le daba mucho asco. Desde la planta alto vi algo al pie de la escalera, que no tenía forma. Al acercarme vi solo la mitad posterior de la rata, parecían ancas de rana, por lo por musculosas. La parte donde se cortaba el cadáver, parecía más un pedazo de trapo que de carne. Aunque llovía, se colaban rayos de sol, la sangre en el piso se disolvía en todas direcciones. La cola era larga, gruesa y las arrugas de sus anillos parecían piel de ciruela.

Fui por un recogedor y una escoba para ponerlo en el bote de basura. El cadáver se sentía como un bloque de madera pegado al suelo, las cerdas de la escoba cedían ante el bulto. Quise escupir, pero no lo hice, tragué varios buches de saliva.

Solo encontré la parte de abajo, le dije.

La otra parte está en el cuarto allá se metió la Vainilla, llevaba algo en el hocico, me contestó, desde una ventana en el segundo piso.

Fui a nuestro cuarto, una cabañita de madera y tablaroca que está al fondo del patio junto al lavadero. En la cama de los perros, entre trapos, estaba la parte superior de la rata. Tenía los dientes amarillos fuera del hocico, uno de sus ojo estaba inflado. Jalé el trapo al que estaban agarradas las manos de la rata. La jalé con la escoba para que cayera al recogedor junto a su otra parte, uno encima del otro. En el patio usé una vara para juntara ambas piezas del cadáver, pero el tronco y cabeza eran mucho más grande que la cadera y patas.

Fui a tirarla en bote donde mi cuñado Beto junta la cagada de los perros, al fondo de un patio contiguo, donde hay dos carros estacionados desde hace años.

Güero, échale agua a la mancha, hizo vomitar a mi mamá cuando la vio, me dijo Yoli, a unos pasos del charco, mientras escupía a un lado de la escalera. Eché agua con una cubeta, y vi como la sangre se desparramaba y se perdía entre el lodo que había sobre el cemento. No era roja, sino café y se iba volviendo amarilla.



Después de la muerte de mi abuelo duré una semana sin ir a su casa. Aunque sabía que había muerto, pensaba que lo encontraría ahí.

Al entrar, vi a mi abuela de perfil frente a la ventana del comedor, veía hacia el patio. Volteó hacia nosotros, no dijo nada, solo sonrió. Vestía su luto. No lloraba, pero tenía lágrimas en los ojos. Me acerqué a ella y me abrazó como nunca antes lo habían hecho. Su cabello y su ropa olían a cigarro. Su piel a sudor y tierra.

Estaba acostumbrado a sus abrazos. Cada que la veía la besaba en el cachete, como saludo. Nos abrazábamos a cada rato. Lo sé, pero no lo recuerdo. Es como si ese abrazo hubiera borrado todos los demás.

El cuerpo de mi abuela me tomó por sorpresa. Mis brazos quedaron pegados a mis costados, los de ella rodearon todo mi cuerpo. Uno, dos, tres, cuatro, cinco segundos. Suspiró. Al vaciar su pecho sentí que me abrazaba un balón sin aire. Cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero, menos uno, menos dos. Pienso en ella como un fuelle, que se infla hasta casi reventar y se vacía.

En el caso de otras personas, los abrazos eran un lugar de resguardo, un asilo al que uno llegaba sin pedirlo. A partir de esa tarde con mi abuela, cada abrazo se convertiría en algo que habría que ganarme, algo por lo que debía competir.

¿Como está mijo?, preguntó.

Miré su rostro, ya no tenía lágrimas. Sus ojos me miraban, y aunque opacos yo me reflejaba en ellos. Ella sonreía, pero su vista estaba fija detrás de mí, nos atravesaba a mí y a mi mamá.

¿Ya comió?, preguntó mi mamá.

Sí.

¿Que comió?

Huevo.

Traje carne y verduras.

Ahí ponlas, al rato las preparo.

Ya vienen guisadas, para que coman usted y el chamaco.

Yo no quería quedarme con mi abuela. Tenía miedo, pero me acostumbré en ese ratito. A los pocos días no quería despegarme de ella.

No recuerdo como era antes, pero ese día vestía suéter y chamarra dentro de la casa. Me sentaba encorvado y ponía mis manos entre las piernas para calentarme. Era diciembre. Mi abuela llevaba solo un chal.

En cuanto se fue mi mamá, mi abuela fue a la cocina y regresó a la mesa del comedor con dos tasas de café. La de ella con café negro y el mío con leche. No lo recuerdo de antes, también esa sería un momento que grabé: ella sentada en la mesa, yo a su lado izquierdo.

En una de las reuniones que tuvimos los compañeros de clase de UTEP, uno de ellos preguntó socarronamente a qué había ido yo a El Paso. Sin notar la ironía en su comentario, contesté que a estudiar. Me solté hablando después de lo mucho que había esperado una oportunidad como esa. Y de lo suertudo que me sentía al ser aceptado. Justo cuando iba hacer una broma comparativa de nuestra historia con la de Harry Potter, me interrumpió.

Si huevón, ¿pero a qué vienes? ¿Qué tienes tú mejor que cualquiera de los aplicantes que hayan quedado fuera?

Después de quedarme callado, dije: Vine a El Paso a tronar. Tronar como una bomba y registrar el estruendo mediante el proceso creativo. ¿Tú?, pregunté.

Me nublé, mi saliva se volvió pastosa, agria, no escuché su respuesta. Él y los demás rieron, yo registré mi enorme sentido del ridículo. O mejor dicho, me sentí el rey de los pendejos.

Intenté recrear esa conversación varias veces, en unos monos escuálidos que dibujé en viñetas. Quise vengarme en esos recuadros mal dibujados, no explorar mis sentimientos, ni generar experiencias, mucho menos recrear momentos vulnerables en mi vida. En el tiempo que he estado en El Paso, siento que no he registrado el estruendo de aquella frase a la que me refería, que dije solo para taparme el culo como animal en retirada.



Me gusta el personaje en el primer panel y el contraste en el fondo, pero llaman mi atención las proporciones de los personajes en el segundo. Se supone que el hombre en la barra, está relativamente a la misma altura que los personajes en la mesa, pero los de la mesa parecen niños.

Profesora de Dibujo

Aún no sé cuál es el propósito del bar, es una pérdida de tiempo. Los personajes se sienten huecos y planos. No añaden nada a la historia. Les hace falta profundidad, necesitan desarrollarse, ser únicos, tener nombre. Queremos conocerlos. Podrías ponerles un collar o un pentagrama, una camiseta rara en alguno de ellos. No estás usando la oportunidad de plantar un tema. No hay profundidad en ellos, conviértelos en seres humanos.

Director de Tesis

Escribo en Tijuana, durante un tercer día de lluvia continua. Minutos antes me revolvía en la cama, mientras veía en Netflix *Death, Love + Robot*. Cualquier caricatura o dibujo que veo me remiten a las viñetas del comic que dejé suspendido en la página 40.

Rara vez salimos a la calle desde que empezó la pandemia. Rara vez veo dibujos en la calle. Cuando no manejo, veo gente en otros carros, gente caminando, rostros cubiertos por máscaras. Pienso en viñetas, pero no en las de mis dibujos, sino en otros dibujos, personajes contenidos en recuadros. Canaletas insignificantes, diminutas inadvertencias que se agrietan hasta convertirse en abismos. Recuadros claustrofóbicos.

Pandemia culera, me revuelvo en la cama. No quiero levantarme. Miro por la ventana. Ni una puta lágrima, mientras la lluvia golpea el techo de madera y el frío muerde mis tobillos. Enrosco los dedos de mis pies. Vuelvo a dormir.



Una gota cae sobre una olla de peltre despostillada, junto a la cortina roída, junto a los orines del Chapo chihuahua, entre la pared y el sillón verde. Lluvia de tres días, que antes fue viento azotando las ventanas, que zumbaba en los eucaliptos de la curva, en el basurero, de donde surge la muralla de tierra, de bolsas de hule, de volantes descoloridos, ni siquiera hojarasca, que

cruza frente a casa. Vivimos sobre una paletería, sobre una calle sin pavimento con gatos y perros sin dueño.

Deja de llover. Pulso en el teclado COMAND - Z, diez, quince, veinte, un chingo de veces. Reaparecen párrafos, páginas enteras que borré. Pienso en la frase "la novela altera y perturba el sentido de los hechos" de otro autor que quizá mencione más tarde. Me siento perturbado, perdido en algo que intento dar forma con palabras. Que antes quise ordenar con dibujos. El día entero se me ha ido en dos párrafos, en otros treinta que borré.

Mis dedos, mis pies engarrotados.

Hice unos dibujos bien culeros, apresurados, para una de mis clases. Ni siquiera fueron dibujos. Tampoco tuve la decencia de hacerlos en hojas de dibujo, trazos pálidos, pinches esbozos sobre hojas recicladas. Desde ahí debí anticipar lo complicado que esto es y el costo que tiene para mí. Cuando digo esto, me refiero a hacer una novela autobiográfica o memoria o contar una historia sobre mi mismo o sobre mi familia o cualquier cerote que tenga que escribir. Ni siquiera viñetas completas, ni siquiera encerradas en páneles. Hice unos dibujos a lápiz que tuve que explicar lo que querían decir, que al final ni yo mismo entendí. Intenté dibujar lo que ocurrió durante ese tiempo después de la muerte de mi abuelo.

Durante días las cosas ocurrieron más o menos así. Mi mamá iba por mi hermana al kinder y luego por mí a la primaria. Después nos llevaba a casa de mi abuela. Mi mamá preparaba comida o la compraba ya lista.

Nos sentábamos en el comedor, pero mi abuela no comía.

Después de la muerte de mi suegro, Doña Isabel, mi suegra, tampoco comía. Solo veía en tele programas como *Ventaneando* o *Venga La Alegría*. El primero sobre chismes de la gente de espectáculo, el segundo una revista de varios temas, en el que también abundan los chismes de gente famosa.

Ha pasado poco más de un mes desde la muerte de Don Juan.



Dibujo de La Loma, uno de los escenarios de la novela gráfica, un campo de fútbol inundado

De niño me gustaba armar rompecabezas. Tener las piezas dispersas por el piso o la mesa hasta que empezaban a embonar una con otra. Mi papá me regaló varios. Cuando eran nuevos los armaba y los dejaba un tiempo sobre la mesa. Después desarmaba y armaba varias veces. A veces desde el centro hacia afuera, a veces uniendo las piezas de forma vertical u horizontal. Seguía armándolos, hasta después de aprenderme de memoria la posición de cada pieza.

En una conversación entre David Lynch y Patty Smith que vi en Youtube, él se refiere a sus ideas como piezas de un rompecabezas que alguien le pasa de manera incompleta por debajo de una puerta.

Sopa de Letras

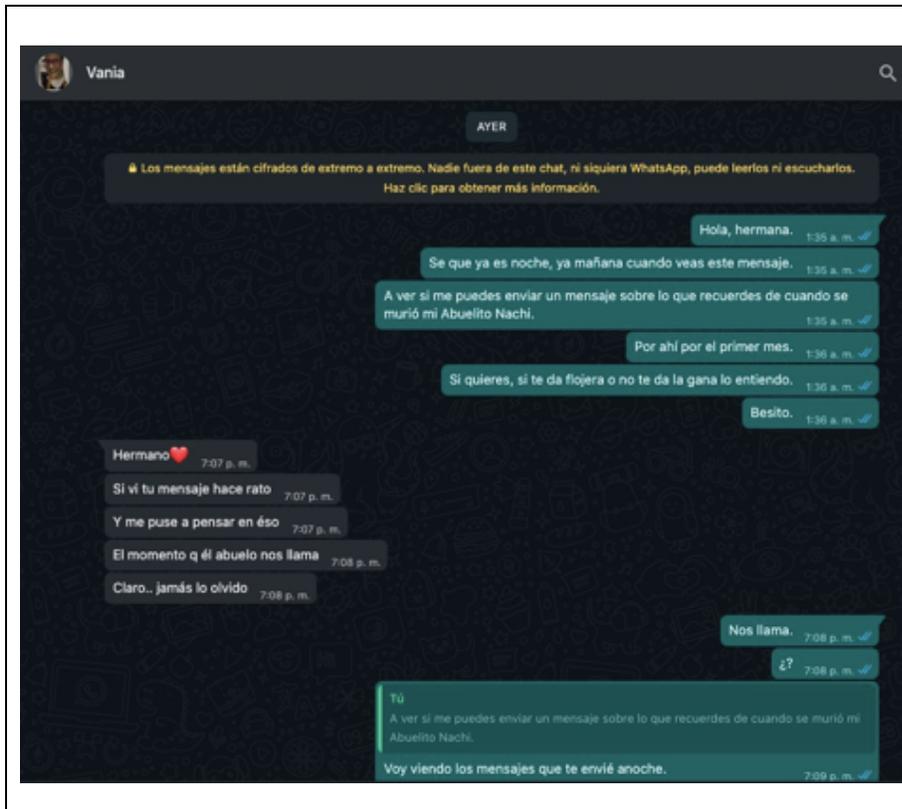


busco online sopas de letras encuentro un sitio que las genera a partir de palabras que yo asigno paso toda la tarde generando sopas con distintos temas todos los listados incluyen fluidos corporales hasta que enumero ocho

enfermedades - nivel de dificultad *easy*

paperas colitis infección varicela

alcoholismo depresión gripa cáncer



“Los actos de este informe serán fantasmagóricos y transparentes, pues así son los mundos en los que vivimos simultáneamente”,
 Mircea Cărtărescu
Solenoides

Reviso un chat que tuve con mi hermana hace tres días.

A qué se refiere Cărtărescu cuando dice mundos fantasmagóricos. Me cagan las figuras literarias en esos momentos, en esa novela. Me caga mi puta vida, cuando me encuentro esos recursos caguengues. Una metáfora o un simil "no son un rompecabezas, sino una manera de hacerte sentir y conocer algo de manera diferente". Chinguen a su puta madre todos los autores que estiran las oraciones y vuelven al lenguaje "algo vivo".

Debo aclarar que, aunque debería para mi texto, no vivo buscando referencias ni frases acuñables. La frase anterior la leí antier, ni siquiera la guardé. Acabo de regresar a ella, mientras revisaba el chat con mi hermana. No funcionan como un pedestal, al contrario. Son pantanos de aguas negras que se llevan todo a la mierda.

No veo mundos, ni metáforas, solo pinches recuerdos, todos ocurriendo al mismo tiempo, volviéndome un discapacitado de memoria, incapaz de recordar una sola cosa a la vez.

Hoy me cago a mí mismo.

Antes de venir a vivir a Tijuana, trajimos un fin de semana a nuestros perros y los pocos trastes que teníamos. Salimos a las seis de la mañana de Hermosillo y manejamos poco más de doce horas. Teo, el hermano de Yoli nos prestó una casa, en el fraccionamiento Ribera Del Bosque. Estaba más cerca de Tecate que del centro de Tijuana. Ahí llegamos directamente a dejar a los perros: la Paloma, la Güera, el Chino y el Chapo. El Chapo, no se quedó ahí. Por ser el pequeño chihuahua, Yoli lo llevó a la casa de sus papás, dónde se quedarían hasta que yo regresara. Era el mes de julio del 2013.

No era la primera vez que entraba a la casa donde dejaría a los perros. Días antes me llevaron para conocerla. Me encantó en cuanto entré. Era parte de una privada, aislada de la calle. Me emocioné al ver la que sería mi nueva casa, aunque le faltaban los marcos en las ventanas, el alambrado eléctrico, escusados y lavamanos.

En mi recorrido por la casa, llegué al baño de la planta baja. Descubrí que, aunque ya seca, había crecido hierba en el piso de la regadera. A un lado, sobre el borde encontré el cadáver de un perro, un poco más grande que mi mano. Al principio no entendí lo que era, por el oscuro color café. Tenía ya mucho tiempo ahí. Parecía una figura delicadamente tejida en ratán, sin carne o pelo. A su alrededor había una mancha seca de grasa y tierra. Ya ni siquiera olía a muerto. Tenía su dentadura completa. Pensé en nuestro chihuahua, aunque más bien era un perro cachorro que escogió ese cuarto de baño como refugio final. No tomé foto del cadáver, porque no llevaba cámara.

Regresé ahí a vivir el 17 septiembre.

En ninguna, viñetas dibujé un perro, que me han acompañado durante momentos difíciles. He sido un culero con ellos. Cargo con culpa por no haberles rendido el amor que se merecen. La

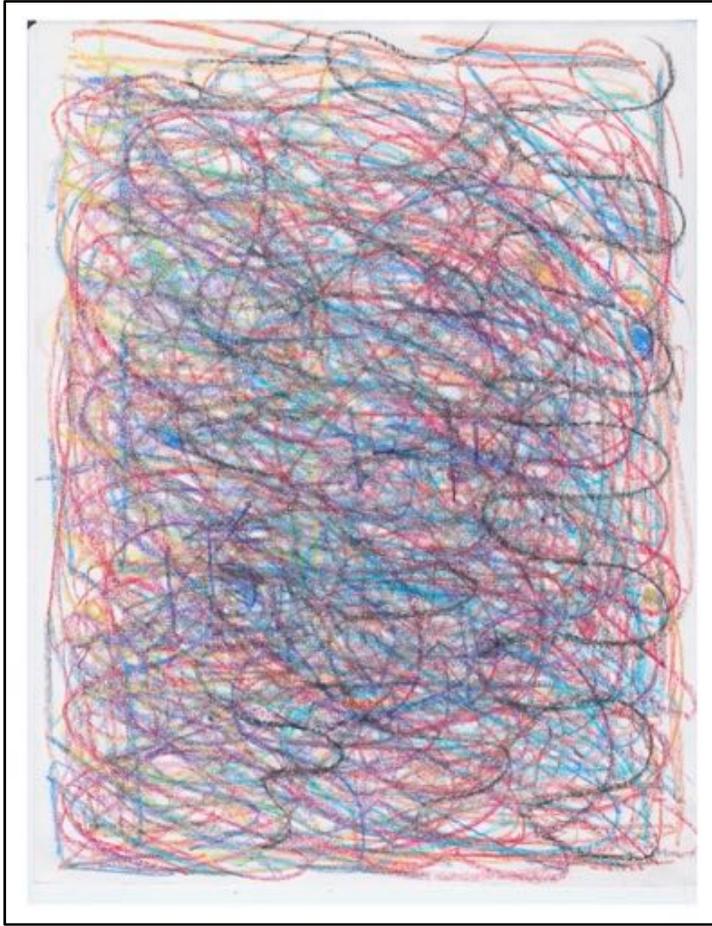
Paloma, El Chino y el Chapo llegaron de la calle. La Güera era hija de la Paloma. Eran perros: ladraban todo el día, se meaban y se cagaban en todo.

Cuando llovía en vez de meterse en su casa de madera, cubierta con impermeable, forradas por dentro con alfombra y aislante térmico, se iban a la entrada de nuestra casa a rascar la puerta y aullar hasta que abríamos. Entraban hasta la cama y lo llenaban todo de lodo y cagada. El Chino, en cuanto entraba meaba la escalera hecha de concreto y metal. La Güera iba hasta el bote de basura y lo sacaba todo. Mientras, Yoli se divertía con esto como si fuera día de fiesta, yo me encabronaba y echaba pestes, ¡esos pinches perros!

Como en Tijuana llovía por aquellos años, un día sí y otro no, al poco tiempo asumimos la necesidad de tener toallas y cobertores para los perros junto a la entrada. Aprendimos que en cuanto empezaba a llover, lo mejor era abrirles y secarlos antes de que llenaran de lodo, excremento y orines los pisos, las escaleras, la cama, las paredes. Adquirí el hábito de sacar la basura, algo que nunca pude hacer durante mi vida en Hermosillo, lo logré en mi tercera semana viviendo en Tijuana. No solo eso, sino ir a tirar hasta el contenedor cada tercer día. Si no lo hacía, el patio se volvía un basurero, además de que los perros cagaban todo con su diarrea chiclosa.

Llovía en aquellos días. Entonces, nunca escribía. A veces pintaba.

Hace cuatro días que llueve. Hay un golpe metálico que escucho cimbrar la ventana. Voy a ver qué es. Es la puerta mosquitero abierta que el viento azotaba contra el marco. La cierro.



Solía dibujar con crayolas. Cuando no tenía un propósito fijo, intentaba hacer un solo trazo a lo largo de la hoja. A veces lo prolongaba. Mi intención era no detenerme.

El viernes 13 de marzo llegué a Tijuana en el vuelo de las nueve. Necesitaba estar con Yoli y nuestros perros. Fui a pasar el *Spring Break* del 2020.

Cada que entro nuestra casa, siento que dejo un traje de astronauta colgado en un perchero, en el patio. El traje pesa 47 kilos y en cuanto paso la puerta me desplomo como una pluma de ganso en el fondo del océano. Despierto hasta al medio día del día siguiente.

Tenía varias tareas y trabajos del curso en el MFA. Nos habían comunicado en UTEP que era muy probable que a nuestro regreso llevaríamos clases en línea. Que suspenderían cualquier detalle o compromiso de reunión por la pandemia del COVID19. A todo lo que me dijeron antes

de partir no le di mucha importancia. Me concentré en mi trabajo, en estar con Yoli y los perros durante esa semana.

El spring break transcurría tranquilo y laborioso. Me dediqué a trabajar para mis clases y para mi proyecto de tesis: un comic sobre historias de enfermedad ocurridas a integrantes de mi familia. Trabajaba todos los días de 11 de la mañana a nueve de la noche, con intermedios para comer. Yoli también trabajaba, ella no estaba de vacaciones. No me preocupé mucho por mis alumnos. Tenía bastante material para mis clases, las cosas ya estaban casi listas, además de que estaba segurísimo regresaría a clases presenciales con un grupo que disfrutaba, con el que me gustaba conversar.

Una bomba estalló mucho a la verga, en esa primavera, la pandemia me desbarató instantáneamente. Recibimos un correo a media semana, que decía que el spring break se alargaría una semana más. Ese y otros correos me daban links a tutoriales para optimizar mi trabajo y desarrollar métodos de enseñanza eficiente en blackboard.

Yo era profesor del curso Introducción a la Escritura Creativa. Era mi deber prepararme para la modalidad en línea. Revisé todo lo que me faltaba para concluir el semestre. Faltaba un mes para el cierre. Mi gran problema es que no dominaba *Blackboard*. Lo más sencillo para mí fue usar *Zoom* para grabar presentaciones en video. Tenía un poco de experiencia en grabar cápsulas informativas. Lo había hecho antes para un trabajo que tuve.

La primera presentación en video que grabé para mis alumnos duró 50 minutos y me tomó dos días, entre la grabación y la edición. Era larguísima. Por lo tanto, dividí el video en dos segmentos (pero debieron ser cuatro). Ese fue el primer material de clase. Cuando revisé los trabajos enviados por los alumnos me di cuenta que ninguno de ellos veía los putos videos.

Familiares y amigos me recomendaron quedarme en Tijuana.

Si, mijito, creo que es mejor que te quedes en Tijuana. De otra forma estarás solo en tu apartamento, me dijo mi mamá, el sábado.

Al día siguiente tenía mi vuelo a Juárez. Esa noche soñé que al entrar apartamento había trozos de tela, ramas y paja. El aire acondicionado había sido arrancado y había un hoyo en la pared por donde entraba agua de alguna tubería rota. La luz del atardecer en el agujero, por donde escapó una parvada de pájaros que alzó su vuelo. En menos de un segundo se perdieron en la rojiza luz naranja del cielo.

Yo te diría que no te fueras, piensa que si te sientes mal, por cualquier cosa, no tendrás a quien acudir, me dijo mi papá, el domingo por la mañana.

Faltaban dos horas para el vuelo. Mantenía la maleta a un lado de la puerta.

Caía la lluvia sobre Tijuana, contra el techo de madera de nuestro cuarto. Los primeros días me arrullaba. Pero al escucharlo día y noche perdía noción del tiempo, rara vez sabía qué hora era. El internet iba y venía. Fallaba en toda la ciudad. Llamábamos a los proveedores de servicio a diario, pero nunca nos visitó ningún técnico.

Una de las noches escuché el ruido del agua dentro del cuarto. Abría mis ojos, ponía mis manos delante de ellos, pero no veía nada. El agua se escuchaba quebrar junto a la cómoda y junto al escritorio dentro del cuarto. Usé la linterna del teléfono y vi que el agua entraba por debajo de la puerta. Cuando quise calzar los *crocs* vi que uno de ellos flotaba junto a la puerta. Caminé hasta él y salí al patio a ver por qué había tanta agua. Afuera tampoco había luz, la habían cortado. Solo vi la otra parte de la casa cuando cayó un relámpago. En el patio el agua estaba aún más alta. Caminé hasta la coladera que había en el patio, me guiaba con la luz del teléfono. El agua se estancaba, subía de nivel.

Intenté destapar la coladera con una escoba, por más que raspaba, nada pasaba. El agua del techo caía en un enorme chorro sobre la cloaca. Cuando fui a destaparla con la mano, el agua helada de la cascada golpeó mi espalda, entró en mi oído. Mi mano topó con un mazacote espinoso de ramas y pelos que apreté. Mis dedos se inyectaron en una gelatina de erizos. Jalé con fuerza, seguía anclado al fondo. Jalé y caí de rodillas sobre el agua. Intenté con ambas manos, después con todo mi cuerpo, hasta que sentí un chasquido, como si arrancara una cabellera, como si tirara una cabeza entera fuera del agua.

Entre los chorros del agua escuché que algo en el piso respiraba, como si después de mucho pedir tragara borbotones de agua. Saqué el teléfono de la bolsa en mi sudadera, y con la luz de su linterna vi que un remolino succionaba aire en el centro del agua. Volví a apartar la basura que la corriente jalaba y a los pocos segundos el nivel del charco bajó. Entré al cuarto y aunque no había

agua, el piso estaba lleno de lodo. Alucé el resto del cuarto. En dos sillones morados, uno a cada lado del cuarto, dormían los perros, secos, tranquilos. Solo me saqué la sudadera y la arrojé sobre el escritorio, sobre útiles, con cuidado de no mojar la computadora.

Empapado me deslicé al interior de un tobogán seco y caliente. Me escabullí bajo las cobijas, dormí.

Escuché pisadas sobre el techo de la casa. Asumí que era él Cachetón, el gato que se había instalado ahí. Pero después me di cuenta que era una persona y que a los gritos decía que la antena se había soltado, perdido la señal de televisión. Seguía lloviendo. Era la voz de mi suegro, que contestaba a otros gritos que yo no oía, por venir desde el interior de la otra parte de la casa.

Escuché pasos cortos, luego un trastabilleo y después un golpe en el suelo, que cimbró las paredes del cuarto. Alguien se quejaba bajo la lluvia, sobre el piso del patio. Salí, vi a mi suegro tirado. La sangre a su alrededor se dispersaba entre las gotas de agua.

Don Juan, me escucha. Don Juan, está bien. Dígame algo.

Él murmuraba. Al acercarme me di cuenta que no podía hablar bien, su barba y mentón estaban fuera de lugar, su quijada estaba hacia el izquierdo de su cara. Levantó su brazo para apoyarse en mí, para que le ayudara a levantarse. Noté que era mi papá quien me pedía ayuda. Para acelerar mi respuesta levantó ambos brazos, para que lo cargara.

Lo tomé, me apoyé mejor para jalar y levantarlo, algo caliente me mojó los *crocs*. Sus dedos se enredaron a mi camiseta sobre los hombros, todo su torso se despegó del piso y al jalarlo lo arranqué de su cintura. Sus piernas inertes se quedaron en el suelo, como un bloque de madera. Sangre avanzaba por el patio en todas direcciones, hasta las macetas, hasta la escalera. Su cuello descansó en mi brazo, su cabeza en mi pecho.

Me he preguntado varias veces cuál fue la primera historia que escribí. Hasta hace unos momentos no la recordaba. La encontré al revisar otros documentos.

Fue a mi abuelita a quien le enseñé la primera historia que escribí. Ya estaba yo un poco más grande y en la escuela me habían pedido para una tarea que relatara algo sobre mis abuelos. Escribí sobre una ocasión en la que estuve enfermo de catarro y durante mi convalecencia reposaba en casa de mi abuela. Mi abuelo llegó al medio día, poco antes de la hora de la comida con una piñata de un oso panda. "¿Sabes de quien es?", me preguntaron. Negué con la cabeza. "Es tuya, *tarufi*, ¿que no te acuerdas que es tu cumpleaños?, en la tarde te haremos un pastelito". Con la enfermedad olvidé que era mi cumpleaños.

Cuestiono mis recuerdos, porque en ellos hay un momento en el que escojo esa piñata en una tienda. Me llevaron enfermo y a fuerzas a comprarla.

Era constante mi enfermedad de gripa y cuidados en casa de mis abuelos. La dinámica, entrar, ir a tumbarme sobre el sillón más grande de la sala, quedarme dormido. Mi abuela llevaba una almohada y una cobija.

Siempre la gripa me ha tumbado. Cuando otros primos enfermaban, los oía toser todo el día, pero ellos no dejaban de jugar, dentro o fuera de la casa. Con los remedios que mi abuela les daba, al medio día ya estaban curados. Mi único remedio era dormir, toda una mañana, toda una tarde, durar con la tos gargajenta y los mocos media semana.

De las enfermedades que más recuerdo me sucedían eran gripa y males estomacales. Para la segunda mi abuela me daba de comer verduras cocidas.

Mucho de lo que temí, sucedió.

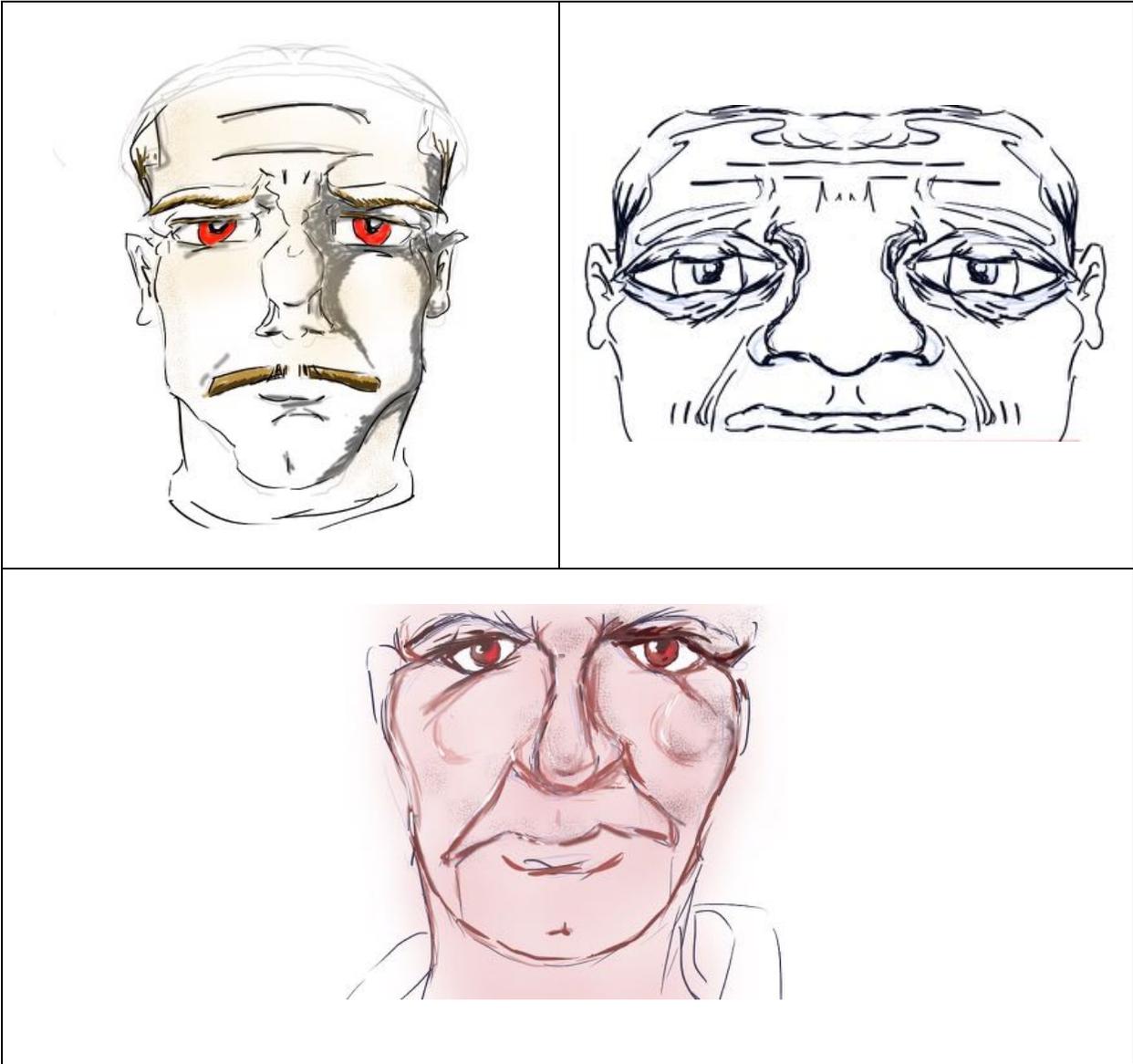
En agosto del 2020, decidí quedarme en Tijuana en vez de ir a El Paso a iniciar mi tercer y último año en UTEP. Vivía angustiado por la posibilidad de perder mi visa de estudiante. Pero fue mayor mi miedo a irme a Estados Unidos con altas posibilidades de contagiarme y convalecer solo en mi habitación.

Mi miedo lo combatía dibujando. Meses antes, una sobrina me prestó una tableta de dibujo. Me dediqué a practicar el trazo y a conocer el dibujo digital. Perdí la noción del tiempo. Me dormía a las seis de la mañana. Despertaba a las tres de la tarde y volvía a dibujar. Fluía sin criticar mis dibujos, pero avanzaba muy poco en mi propósito de contar mi historia por medio de viñetas.

Escribí las primeras 40 hojas en un guion. Me dediqué a convertirlos en viñetas. Brincaba del guion a la hoja. No tenía ni idea de las dinámicas de producción de comic o novela gráfica. Tardaba días en concluir una primera hoja, que resultaba acartonada, carente de fluidez. Mucho después aprendí que existe un paso intermedio llamado el boceto original o *thumbnail*, que es donde el dibujante o escritor ve la fluidez del relato.



Figura 10 - Primeros bocetos en tablet





Durante el primer año, como ejercicio para una de mis clases debía contar sobre la pérdida de algún ser querido. El requisito era usar una sola hoja y contarla a partir de una secuencia de páneles. La tarea no la entregué la fecha requerida, pero en cuanto tuve oportunidad lo hice. No tenía experiencia en hacer comics, dibujé en lápiz, luego entinté, corté recuadros y pegué. Al final escaneé y agregué el texto en *Power Point*, porque mis letra siempre ha sido culerísima.

Conté la historia de mi tío, El Cheli, que había muerto a los 41 años, en diciembre del 2004.

Durante su funeral y entierro me dediqué a emborracharme y a oír música con mi primo Alex. Dicen que me boté en casa de René, una amiga de aquellos años. No recuerdo nada de esa noche. Solo que llegamos a un bar. Desperté al día siguiente en mi casa. Alex dormía en el sillón de la sala. Quedaban cervezas en la cajuela de su carro. Empezamos a tomar como a las diez de la mañana. Fuimos por más, me bañé y nos fuimos a la funeraria. Seguimos tomando. Al medio día estaba ebrio de nuevo.

Lloré durante todo el funeral. Pensaba en mi madre y su hermano muerto. Ella no lloró tanto como yo. Aunque nunca le he preguntado, siempre he sentido que se avergonzó esa tarde por mi borrachera, no sólo la de esos dos días.

Seguimos bebiendo en el panteón, después de que sepultaron al Chely, hasta que anocheció. No recuerdo quienes éramos.

Le escribo mensajes de texto a mi primo Alex para preguntarle. Vive en Hermosillo. Nos enviamos mensajes en el transcurso del día. Hasta esta tarde teníamos casi dos años sin comunicarnos. En mensajes de voz, me comenta lo que ha vivido con el COVID. Hasta la fecha solo dos de sus cuñados, que viven en Estados Unidos se han enfermado, pero se encuentran estables.

Fragmento de transcripción - Archivo: Audio-Alex Araos-2021-01-28-at-8.46.18-PM.

Sí, Primo. Respondo lo que me acuerdo, porque tengo pésima memoria. Aunque hay cosas que se quedan bien grabadas. Recuerdo que estaba mi Tío Rubén, Eduardo, tú y yo. Fuimos los últimos que nos quedamos. Nos pusimos a pistear ahí, se hizo bien noche. A mí me empezó a dar miedo, cuando estaba oscuro, que nos fuera agarrar una patrulla allá adentro o nos pusieran el dedo. Después fuimos a dejar a Rubén y de ahí a casa de mi Tía Silvia.

----- fin de transcripción -----

En casa de mi tía Sylvia, su esposo, el tío Raúl nos dijo que antes de que metieran el féretro a la lápida, exhumaron ahí mismo los restos de mi abuelo, quien falleció en 1986. Raúl nos dijo que cuando sacaron los huesos, antes de meterlos en una funda de tela, mi abuela tocó los restos de su esposo fallecido veinte años atrás.

Fragmento de transcripción - Archivo: Audio-Alex Araos-2021-01-28-at-8.50.27-PM

La verdad no me acuerdo. No me tocó estar ahí. Sé que exhumaron a mi abuelo Nachy, para meter al Cheli, porque ya había pasado el tiempo. Después de cierto tiempo puedes sacar a uno para meter a otro. De mi abuela, si sé, tú me recordaste que ella había tocado los huesitos. Creo que yo también haría algo así.

Dice que le recordé, aunque tengo la -ya no tan- certeza de que era él quien me contó alguna vez.

----- fin de transcripción -----

TENÍA MÁS DE UNA SEMANA CON GRIPA. ->



AUNQUE DESPERTÓ CON FIEBRE ESE DÍA...



... FUE A TRABAJAR.



COMO ERA COSTUMBRE...



SE TOMÓ UNA CAGUAMA A LAS ONCE DE LA MAÑANA.

POR LA NOCHE, FUE TRASLADADO INCONSCIENTE AL HOSPITAL.



MURIÓ LA MADRUGADA SIGUIENTE DE UN SHOCK SÉPTICO.



LE DECÍAN EL CHELY. ERA MI TÍO. TENÍA 41 AÑOS.

Class. Var Topics in Creative Writing - Inst. Tim Hernandez
Weekly Assignment 8 - 11/8/2018 - By Edgar Aguilar

En la novela gráfica dibujé una hoja, el protagonista hace añicos su restirador a martillazos. Golpea directamente el ojo embarrado de tinta sobre la caricatura de su abuelo. Al romperlo, las viñetas semejabán un vidrio roto y en vez de cuadros, se convierten en formas angulosas, onomatopeyas de ruido. Mi propósito era proponer un quiebre en la narrativa.

En la vida real, ni restirador tenía. Sucedió que utilizaba una pluma que fallaba y pintaba cuando le daba su puta gana. Constantemente hacía rabietas por las fallas, pero tampoco la desechaba. Una tarde, al hacer uno de los retratos del abuelo, a quien siempre dibujaba en la misma pose, jamás de perfil o tres cuartos, se le ocurrió a la pluma dejar de escribir.

Quitó la punta y dejó escurrir la tinta sobre el papel reciclado. Ah, porque ese era otro detalle. No usaba hojas nuevas, sino las que ya tenían impresión por uno de sus lados. Dejé que la tinta se escurriera sobre la cara del abuelo. Quería en verdad que la hoja completa se llenara de tinta y que la chueca cabeza que dibujé desapareciera tras la mancha negra.

Al estar maniobrando la pluma y su contenedor, derramé el poco café frío que le quedaba a una tasa, que tenía sobre el escritorio. Mojeé la hoja que manchaba con tinta. Con la rabieta habitual, limpieé el escritorio, olvidé la hoja. Días después vi que el ojo manchado parecía alguien espiando desde el centro de una nebulosa negra.

Poco después, en unos ejercicios que hice de escritura, dibujé, el que durante mucho tiempo consideré, el origen del personaje que existiría las primeras tres cuartas partes del relato con el rostro manchado, como si tuviera herido el ojo, de él le escurría tinta por el rostro, por el cuerpo, hasta el piso.

En el guion de la novela gráfica, que redacté hasta la página ochenta, el abuelo tiene el rostro manchado de tinta hasta la primera mitad. Al principio sería solo un epílogo, lo que yo pretendía usar como un misterio, un gancho.

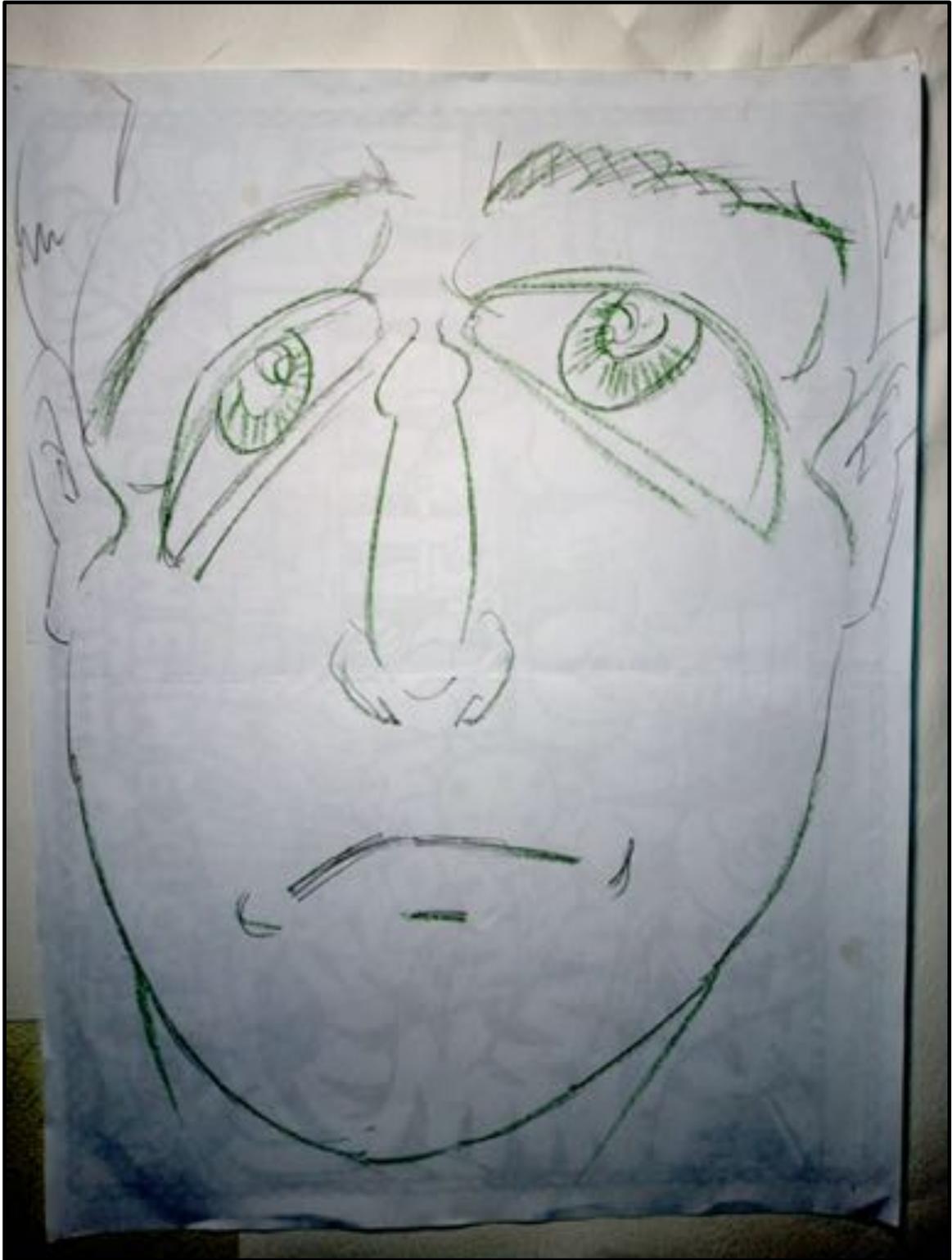
El detalle es que me gustaba cada vez más el ojo al fondo de la mancha de tinta. Un ojo que observaba y que empezaba a filtrarse a una especie de ente omnipresente hacia todas las direcciones del relato. En todos los niveles. Al grado que dejé de dibujar al abuelo y solo dibujaba el ojo. Pero esa idea no había surgido ahí.



Torta Plaza es una franquicia de comida rápida en Tijuana. Se convirtió en una costumbre para Yoli y para mí cada que llegaba. Del aeropuerto íbamos a cenar, después de mi vuelo de las nueve de la noche.

Comprábamos tortas, papas fritas y agua fresca. Comíamos mucho más de lo necesario. En el segundo piso había un mueble con crayolas y hojas blancas para que los niños dibujaran. En varias ocasiones pendejeamos y rayoneábamos corazones o dibujé su nombre con letras de todos colores.

Hubo una ocasión, cuando en los primeros semestres fui de visita, en los que dibujé un detalle caricaturizado de mi rostro angustiado. También otro autorretrato de medio cuerpo y un dibujo de mi abuelo en el que estaba enojado, o triste o todas las emociones anteriores. Usé primero un color azul, y encima de él tracé con color negro. Guardo esos dibujos.



La primera vez que me emborraché tenía quince años. Lo hice con mis amigos de la preparatoria. Me sentía mareado, eufórico y feliz. Éramos cinco adolescentes, de la misma edad. Alguien en el grupo sacó cerveza de su casa, que sobró de un reciente convivio familiar. En promedio, nos tocaron dos latas de cerveza por persona.

Recuerdo llegar a casa y acostarme en la alfombra del cuarto, piernas y brazos extendidos como una estrella de mar. La poca luz de una lámpara de noche apuntando a la esquina, me recuerdo sonreír como si alguien me estirara las comisuras de mis labios, el cuarto girando igual que el abanico en el techo.

Mi abuelo me platicó que él le regaló a su hijo José Luis un barril de cerveza cuando cumplió 15 años, para que lo tomara con sus amigos. Vago recuerdo en el que mi abuela platica, con risotadas y festejos, la anécdota del Tiburcio o el Pirata, dos muchachos amigos de mis tíos, tirados en el suelo, inconscientes por el exceso de alcohol.

En los *Olvidados* de Luis Buñuel, estrenada en 1950, actuó un hermano de mi abuelo Nachi. Efraín, era el menor de seis hermanos. En la película interpretó al "Cacarizo", hijo de los dueños del establo donde duermen otros niños de la calle. Vi en la película a niños que se comportaban como adultos. Uno de ellos buleaba a los demás, fumaba y buscaba la forma de favorecerse de todas las situaciones posibles.

Mi segundo apellido es Araoz, aunque el apellido de mi abuelo es Araos. La diferencia de letra al final se debió al momento en el que registraron el acta de nacimiento de mi mamá. Sobre los Araos(z) resalto nuestra fisionomía. Rostro delgado, ojos pequeños, frente amplia, calvicie prematura, nariz aguileña, tez clara. Gran mayoría de nosotros tuvimos problemas con acné durante la adolescencia y juventud. A algunos nos quedaron cicatrices en el rostro.

Busco en el sitio web de *IMDB* alguna referencia al cacarizo. Aparece en el sitio como Efraín Arauz, actor en cinco películas además de la mencionada, *Si usted no puede, yo si*, *El Bruto*, *El Gran Autor*, *El Río de la Muerte*, *Nazarín*.

Mi abuela platicaba que Efraín, además de actor tuvo otros oficios como pulquero. Acostumbraba a hacer el preparado y en el inter emborracharse con el mismo producto. Murió en uno de esos procesos, en el que empezó desde temprano con la preparación y la borrachera. Me contó que ya en la madrugada fueron a despertarlo para concluir. Hey, artista, ya despierta. Pero no despertó. De algún lugar recuerdo la frase, se ahogó en su propio vómito.

Apago la luz del cuarto. Solo la pantalla de la computadora encendida. Veo en *Whatsapp Online*, el chat con mi madre. Quiero escribirle y preguntar por su tío Efraín y detalles de su muerte.



El Cacarizo al lado derecho, junto al personaje del centro

En noviembre de 2020, pasé unos días en casa de mis papás en Hermosillo. Una noche en la que ellos tomaban vino, le pregunté a mi mamá la muerte de su tío. Me comentó que ella estaba muy chica. Recordó a su padre llorar cuando le dijeron. Como otras veces, el que lloró fui yo, mientras ella me observaba.

El cuarto casi en oscuro total. Tomo el teléfono. Cierro la computadora, me recuesto en la cama. No ladran los perros, un aire acondicionado zumba en el patio.

Minutos después escribo preguntas en el cuaderno para el día siguiente: ¿Cuántos años tenías cuando murió tu Tío Efraín? / ¿Qué recuerdas? / ¿Qué estabas haciendo cuándo te enteraste? / ¿Dónde estaba tu papá? / ¿En dónde vivían en ese entonces? / ¿Dónde estaba mi abuela? / ¿Tus demás hermanos? / ¿Qué pasó después de eso?

Vuelvo a la redacción de este párrafo, pero no logro avanzar de este renglón.

Visito el sitio web *FamilySearch*. Pienso en mi madre cansada, viendo mis preguntas, poniendo su teléfono en el buró junto a su cama, dejándome en visto, volteándose sobre su costado, sus ojos abiertos mirando hacia algún punto del cuarto sin luz.

Tecleo Araos Ferrer, y sale una lista de cinco personas. Todos son hermanos de mi abuelo. Voy a Efraín y encuentro su acta de defunción. No puedo esperar al día siguiente. Le envío el acta a mi mamá. Después le envío las preguntas.

A la mañana siguiente, releo y edito un poco los párrafos anteriores. Después, mientras estoy sentado en el escusado, leo lo que escribí por *Whatsapp*. Lloro y defeco al mismo tiempo.

376

Partida Núm. 376
Asistente y
C. J. J. J.

ACTA DE DEFUNCION

En México, Distrito Federal, a las diez horas del día veinticinco de abril de mil novecientos veinte y cinco años mi Benigno Lebrón

Oficial del Registro Civil, comparece Benigno Lebrón y exhibe un certificado médico en el que se hace constar el fallecimiento de Leandro con los siguientes datos:

GENERALES DEL FINADO

Lugar de nacimiento: San Felipe, Campeche
Edad: veinte y cuatro años
Nacionalidad: Venezolano Ocupación: actor
Domicilio: Guadalupe 35-14
Estado Civil: soltero
Padres: Rafael Lebrón y María Torres
Enfermedad: leucemia, en transición, cancer
Día y hora del fallecimiento: ayer a las 11:30 horas
Lugar del fallecimiento: San Felipe
Lugar de inhumación: San Felipe
Médico que certifica: Ignacio Perfecto Cárdenas
Domicilio del Médico: Guadalupe

GENERALES DEL DECLARANTE

Edad: veinte años Ocupación: empleado
Estado Civil: soltero Domicilio: Guadalupe 35

TESTIGOS

Nombre:	<u>Marcelo Velasco</u>	<u>Horacio Luna</u>
Edad:	<u>veinte años</u>	<u>veinte años</u>
Ocupación:	<u>empleado</u>	<u>empleado</u>
Domicilio:	<u>Guadalupe 59</u>	<u>Guadalupe 59</u>
Parentesco:	<u>hermano</u>	<u>hermano</u>

Leída la presente acta, la ratifican y firman los que saben: Benigno Lebrón

Benigno Lebrón Marcelo Velasco Horacio Luna

El 30 de noviembre de 2020, Yoli y otros tres hermanos de ella, llevaron a su papá al Hospital General de Tijuana para internarlo. Tenía días resfriado. Aunque consciente y bromeando, su nivel de oxígeno era inferior a 70. Pasó dos semanas ahí.

Dos días después nos fuimos a hacer el examen de COVID19, rumbo a la Zona Río de Tijuana. Las pruebas fueron realizadas bajo una serie de carpas instaladas sobre espacio abierto, sin que nos bajarnos del carro. Unos técnicos, vestidos con trajes de protección, sellados herméticamente, nos hacían la prueba después de pedirnos nuestros datos y nuestras identificaciones. No tardamos más de diez minutos. Al día siguiente, vía correo, nos enviaron los resultados: POSITIVO.

Durante esa semana, acompañé a Yoli dos veces al hospital a recibir informes sobre el estado de su papá. No estaba permitido ver a los enfermos, por lo que hablaba con un médico y un trabajador social en la explanada principal. Otros días fueron los hermanos de Yoli quienes recibían los informes. Estado de Don Juan: ESTABLE.

Solo una vez fui a la explanada. La pila de mi teléfono se había agotado. Habían pasado 40 minutos y no tenía noticia de Yoli. Detrás de un cerco, en un grupo de 12 personas, con distancia de dos metros de los demás, esperaba su turno para hablar con el médico y el trabajador social. Con señas le dije que regresaba al auto, que estaba en un estacionamiento público, a un lado del hospital.

Entré y salí del carro varias veces. Fui capaz de mantenerme dentro sólo cuando miré el edificio del hospital, una mole de concreto, sin ventanas, erguida sobre un bosque de siete u ocho árboles. Recordé algo de mi infancia, cuando iba con mis papás al seguro social, en Hermosillo, donde estuvo internado mi abuelo.

Mientras pasaba un tiempo que recuerdo excesivamente largo, me dedicaba a mirar el edificio, me concentraba en sus ventanas, en las que trataba de adivinar en esas figuras lejanas a mi madre o mis abuelos o alguno de mis tíos. Los imaginaba platicando, mirando el televisor, caminando por los pasillos al baño o solo para distraerse, jugando carreras entre los corredores y recovecos.

Ahora entiendo que rara vez mi abuelo se levantó al baño mientras estuvo en el hospital. Orinaba la mayoría de las veces en el pato. Dormía gran parte del tiempo. Pero entonces tenía menos de nueve años, no sabía nada de lo que ahí pasaba. Ahora a mis 44 me pregunto qué tanto sé.

A la prueba acudimos Yoli, su hermano Beto, su mamá Doña Isabel y yo. Otros dos de mis cuñados también dieron positivo, aunque ellos tomaron la prueba en otro lugar.

En casa, doña Isabel, Beto y yo tuvimos fiebre y cuerpo cortado. Yoli y su hermano Alejandro fueron asintomáticos.

Doña Isabel convaleció por mas de una semana. Beto dos días. Yo estuve cuatro días con dolor de cuerpo y fiebre. Perdí la noción del tiempo. Todos perdimos el sentido del olfato y gusto. Durante una semana y media, la mamá de Yoli ocupó oxígeno, de otra forma, su nivel bajaba de noventa. Yo ocupé oxígeno una mañana, a partir de ese día inició mi recuperación.

Yoli y Alejandro cuidaron de todos nosotros. Otros de mis cuñados, quienes no entraban a casa, quienes aún no han enfermado, venían a dejarnos comida. Solo recuerdo que a veces abría mis ojos, porque Yoli ponía un plato con comida frente a mí. No recuerdo ningún sueño de esos días.

En la cuadrilla de médicos estaba Chayo, uno sobrino de Don Juan, que hablaba con alguno de sus hijos para dar reporte del estado: Estable.

El domingo, 13 de diciembre, Yoli me pasó su teléfono, en la pantalla estaba Don Juan en videollamada. Tenía la barba crecida, estaba recostado de lado. Una enfermera, que también era familiar de él, sostenía el teléfono. Acababan de despertarlo, su voz se escuchaba ronca, pero fuerte.

¿Edgar, cómo están tus papás?, me preguntó.

Ahí andan, Don Juanito. ¿Me preguntaron por usted?

Aquí estoy. A veces me canso, pero más enfadado. A cada rato me dicen que ya no hable, porque empiezo a toser.

Escuché que mi suegra, Doña Isabel, gritaba en su cuarto.

Virgencita de Guadalupe, Dios por favor tráemelo de vuelta. Por lo que más quieras.

Le habían pasado el teléfono antes que a mí.

Entró al cuarto mi cuñado.

Beto, mijo, cómo estás, preguntó Don Juan.

Bien. Aquí nomás. Esperándolo.

¿Cuántos paleteros llegaron hoy?

Cuatro: Marcial, Jorge, Pedro y Alfonso.

¿Y Barrabás?

No ha venido. Ta' bueno, acá lo esperamos.

Si, Don Juan acá lo esperamos.

Ándenle, muchachos. Cuídense mucho.

El martes 15 de diciembre, por la mañana, enjuagué el trapeador en el lavadero, caminaba al pasillo para darle la última pasada, cuando escuché que alguien hablaba en voz baja en uno de los cuartos. Toqué la puerta, abrí. En el cuarto estaban Yoli y Alejandro. Al verme, con señas, me dijeron que pasara, que bajara la voz.

Edgar, tengo algo que decirte. Mi Papá se murió.

No puede ser. Si antier lo vi, hablé con él.

Si, pero ayer en la tarde se durmió y esta mañana no despertó.

Mis zapatos estaban rotos, manchados de pintura, las agujetas desabrochadas, había mierda de perro embarrada en uno de los lados. Yoli me abrazó y detrás de ella nos abrazó Alejandro.

Don Juan murió la tarde del lunes 14 de diciembre, de 2020, en el Hospital General de Tijuana, Baja California. Sus hijos y algunos amigos lo apodaban Charrito. Era atrabancado, dicharachero, con un gran sentido del humor. Se dormía a las nueve de la noche todos los días. Se despertaba a las cuatro de la mañana. Ponía al fuego la calentadora de agua para su café, prendía la radio a todo volumen. Bajaba a su negocio, una paletería operada por él y su esposa desde 1976. Trabajaba los 25 de diciembre y los días primero de cada año. Cuando no lo hacía era más gruñón que de costumbre. Tostaba semillas de calabaza para después comerlas, mientras miraba *Caso Cerrado* en Univisión. En el inter de estos momentos, le chiflaba y le platicaba a su perico el Cholito. Estuvo casado con María Isabel Flores Meza durante 53 años. Cumplirían 54 el próximo abril.

Antes de morir, dijo varias veces que si moría lo llevaran el día de su entierro a la Secun

Ahí tenía su puesto de helados, donde vendía a los alumnos, profesores y empleados de la escuela.



El cuatro de febrero de 2016, llegué a vivir a Ciudad Guzmán, Jalisco. Llevaba poco menos de cuatro mil pesos. Estaba emocionado por llegar a una nueva ciudad, pequeña y cálida. No tenía empleo, llevaba una cobija, una maleta, algunos cuadernos. Acababan de cancelar mi tarjeta de crédito.

Me despertaba a las cinco de la mañana sin despertador. Leía y buscaba trabajo. Pero sólo buscaba en internet, no salía de casa a encontrarlo.

Cuando Yoli iba a la universidad iba con ella y me quedaba en la biblioteca, para más tarde sacar libros con su cuenta de estudiante.

Durante ese tiempo leí *Las Montañas de la Locura* de Lovecraft. Releí varios pasajes. Me fascinó una de las criaturas con cabeza en forma de estrella con un ojo en el centro. Tenía otros elementos, pero yo solo recordé su cabeza, su ojo, sus tentáculos. Me dediqué a dibujarlo. Encontré otras ilustraciones, pero prefería mi dibujo. Jugué con la simetría y la desproporción de esta figura. Algunas veces le hice párpados dentados, el ojo al fondo, la pupila dilatada.

El dibujo más grande que hice de esta figura fue de un metro y medio. Mi favorita era una con un ojo de tres párpados, cuya boca se abría hacia abajo de forma triangular. Dibujaba en automático siempre que hablaba con otra persona. Era lo primero que hacía cuando habría un cuaderno, sobre cada superficie en blanco que encontraba. Lo intentaba con otras formas, pero siempre regresaba a una estrella con un ojo que lo observaba todo, desde algún rincón sumergido en una intersección. Un ojo dentado que se tragaba todo.

El ojo sin la cabeza de estrella, reapareció una noche cuando dibujaba el comic. No tenía sentido en lo que estaba dibujando. Solo la hice con grafito sobre una hoja reciclada. Más noche la entinté. Al día siguiente en vez de pupila, puse una espiral, cuyo centro remoqué con tanta tinta que manché la mesa sobre la que dibujaba.



Mis películas e historias favoritas siempre han sido las de terror.

Los recuerdos de mi abuelo son difusos. Pero tengo dos recuerdos a los que siempre recurro. Él apuesto, bien vestido, con barba y bigote cerrado. Carga su guitarra. En el otro, él somnoliento, despeinado, su rostro hinchado. La voz que recuerdo es tan ronca que casi desaparece.

Recuerdo que una vez entré a su cuarto y le pregunté algo. Negó con la cabeza. Yo seguía preguntándole. Había una gasa sobre su cuello. Seguí hasta que levantó su cabeza, él encabronado, con la misma cara que hacía cuando me regañaba o me daba nalgadas. Pero en vez de golpearme, aplaudió, viéndome fijamente a los ojos. Mi abuela entró al cuarto: Vámonos para a fuera mijito, deja a tu abuelo descansar, que no ves que lo acaban de operar. Cuando volteé a ver a mi abuelo, ponía su brazo sobre sus ojos. Era como un niño que hacía pucheros, aguantando sus ganas de llorar. Aunque me han dicho que se lo permitía y era un hombre sensible, nunca vi a mi abuelo llorar.

De esos días, recuerdo que veía con mi abuela películas de terror en la tele frente al comedor. Me servía frijoles, tortillas de harina recién hechas en su comal, un vaso con *chocomilk*, si no había café con leche. Mientras yo apagaba todas las luces en la casa, mi abuela iba a checar a mi abuelo. Después nos sentábamos ante la tele. Era viernes por la noche, estaba por iniciar la función del Canal 12. Recuerdo que vimos una miniserie de *Frankenstein*. No recuerdo el título. Frankenstein se convirtió en mi superhéroe. Supermán era un pendejo frente a él.

Después otros íconos del terror llegarían a engrosar la fila de héroes entre los que destacarían Leatherface, Freddy Krueger o los Cenobitas. Mi director de tesis le pareció muy atinado y original de mi parte. Pero le comenté que BEF, autor de comics, se había adelantado y al utilizar la figura de Frankenstein como héroe-compañero de María, una adolescente protagonista de la novela *El Instante Amarillo*.

Siempre he tenido facilidad irremediable para dormirme mientras veo películas durante las funciones nocturnas, pero esa vez concluí la serie con mi abuela. Al terminar Frankenstein, anunciaron la película que darían la próxima semana: *La Noche del Vampiro*. Una miniserie adaptada del libro de Stephen King *El misterio de Salem's Lot*.

Durante toda la semana no hablé de otra cosa que no fuera Frankenstein y sobre la película que vería el próximo viernes. La profesora de cuarto de primaria, me cambió hasta el frente de la fila por no dejar de hablar vampiros y seres reanimados.

El miércoles por la noche, comía pan dulce y tomaba café con leche. Cuando fui al baño, vi que mi abuela limpiaba a mi abuelo en su cama. Al no tener la gasa sobre su cuello vi que en su garganta tenía un agujero. Primero pensé que había tenido un accidente. Y le pregunté a mi abuela qué había pasado. A mi abuelo le molestaba que lo viera así, sin su gasa. Mi abuela me sacó del cuarto. Me acabé mi café frío.

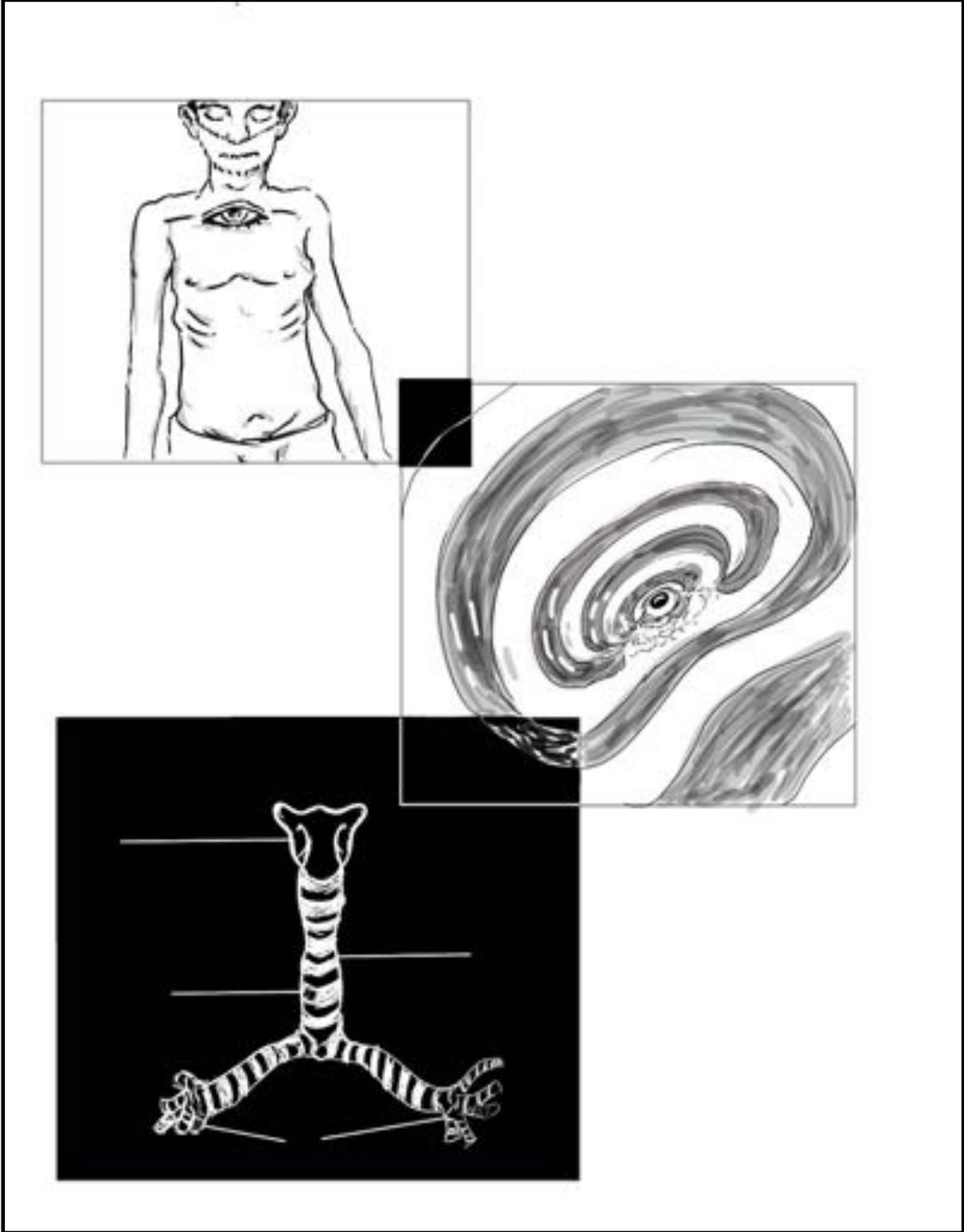
A la siguiente noche, en casa de mis papás, en mi cama, soñé que veía la tele frente al comedor. Mi abuela estaba en la cocina. Alguien estaba a un lado de mí, pero cuando volteaba no lo veía. Podía ver en su cuarto a mi abuelo dormido. Seguía viendo la tele. Sentí de nuevo que alguien me espiaba. Quizá era alguno de mis primos, que como otras veces se escondía en los rincones o en las esquinas junto a las puertas. Quizá estaba en el cuarto del abuelo. Fui hasta allá, caminando en silencio. Entraba al cuarto de mi abuelo y no había nadie. Seguía sintiendo que alguien me observaba. Hasta que vi al abuelo, me di cuenta que un ojo me miraba fijamente desde el hoyo en su garganta. Que al correr me seguía hasta despertar.

Mojé la cama varias noches después de esa. Imaginaba al ojo en cada rincón oscuro no solo de mi propia casa. Me aterraba entrar al cuarto del abuelo, pensando que en cualquier momento el ojo despertaría dentro de él.

Aunque intenté ver *La Noche del Vampiro*, no la concluí. Me acabé mis frijoles y me tomé mi chocomilk antes de que la miniserie comenzara. En los primeros diez minutos me quedé dormido. Dejé de ver películas de terror durante un tiempo, incluso mucho después de la muerte del abuelo. Cuando lo logré ver una, lo hice aterrado, en la otra casa de mi abuela.

La última vez que recuerdo soñar el ojo en la garganta fue a los pocos días después del sepelio del abuelo, al que no asistí. Creo que las referencias del féretro las tuve a partir de mi primo Alex, quien me platicó. Nunca vi un féretro, más que en películas.

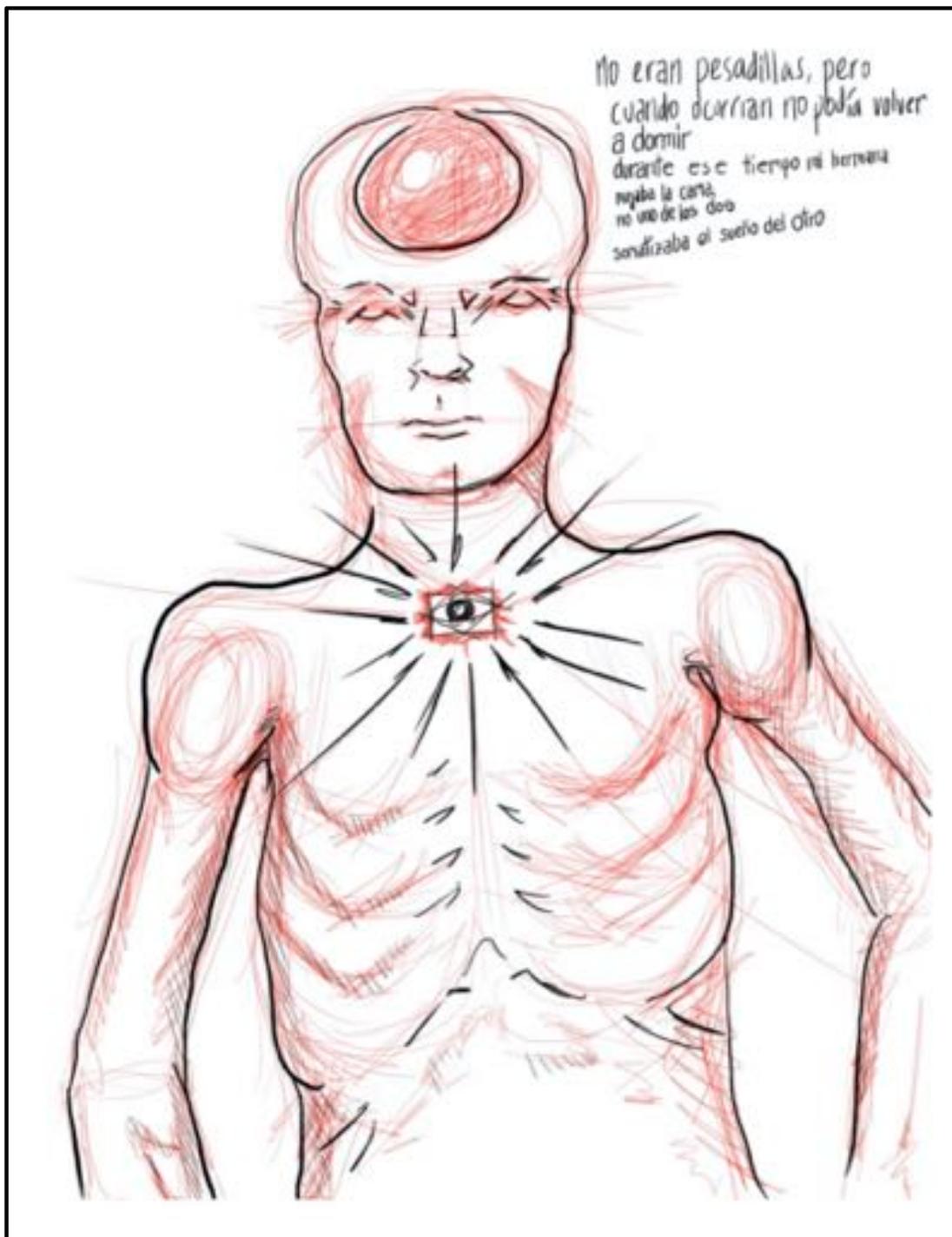
El abuelo estaba en una caja metálica, con una ventana, por donde lo podían ver. Al momento en que echaban tierra sobre el ataúd, el abuelo despertaba, también lo hacía su ojo en su garganta. Nadie se daba cuenta más que yo y aunque lo gritaba nadie me escuchaba.



Durante muchas noches me despertaban mis propios gritos. Al lado, en su cama dormía mi hermana. Me quedaba despierto, sin atrever a levantarme. Algunas veces llamé a mis papás. No acudieron. Sospeché que yo o ellos seguían soñando. Pero me aterraba más la idea que se hubieran acostumbrado a mis pesadillas. A que pensarán que era un niño llorón. A que dentro de poco me volvería a dormir. A que necesitara acostumbrarme a la oscuridad. Que entendiera que debía tragarme mis pesadillas.

No recuerdo porqué gritaba, en vez de eso recuerdo otros sueños en los que despertaba y recorría nuestra casa, con nuevos cuartos, con largos pasillos que nunca había visto, en donde nunca encontraba a ningún integrante de mi familia, solo televisiones encendidas, canciones a todo volumen en la radio, el desayuno servido en el comedor, o alimentos recién preparados en la estufa.

A veces iba hasta los armarios, seguro de que todos se escondían ahí, pero no me atrevía a abrirlos, porque temía encontrar a otras personas que no fueran mi mamá, mi hermana o mi papá.



Esta chido tu proyecto. Pero a veces no entiendo el cotorreo de raza como tú, que se centran siempre en lo negativo de las cosas. O sea, porque prefieren hablar de la enfermedad. No mames, es muy deprimente esa chingadera. Es seguro que acabarás peor de como empezaste.

Yo por eso no leo, porque todos los escritores escriben sobre cosas tristes. Como chingados no pueden escribir mejor sobre momentos felices. No sé, cuando van a la playa, o se empedan en la fiesta, cuando se ponen a coger, o de las hamburguesas que se comen. No, siempre tienen que escribir sus putas tragedias, si tocan la cogida o la mamada es nomás para ilusionarte y después darte un marrazo en la jeta.

Escucho la voz de mi mamá, en mensajes que recibí de ella hace días. Le he envidado preguntas en mensajes de texto, por las noches, cuando escribo este informe. Suele contestarme al día siguiente. Dos días es lo más que se ha demorado.

En correos y llamadas propongo conversaciones con ella, sobre su mamá y su papá. Conversaciones que nunca ocurren. Nunca las olvido, pero justo en el momento que van a ocurrir, siento que al traerlas arruinaré el momento. Recuerdo solo dos veces en las que hemos hablado al respecto.

La primera de ellas, ocurrió hace dos años. Estaba mi mamá y su hermana Lourdes, la tía Lulú, mi hermana Vania y yo. Estábamos en casa de mis papás, una noche en que nos emborrachábamos y hablábamos de los muertos de la familia paterna, hermanos de mi papá. A la fecha iban tres de ellos y sus padres. En el lado materno, solo uno de los hermanos de mamá. Pero también dos de sus cuñados, dos de sus sobrinos. Mis abuelos.

Mi hermana Vania, preguntó qué pasaba después de la muerte.

En una de las clases, que durante esos tiempos cursaba, leí y escribí sobre la ausencia. Sobre lo que sucede con las personas tras la pérdida de un ser querido. En el comic tengo muy pocas formas de construir los vacíos. Grandes plastas de tinta. En cuadros, en círculos, rombos. Entonces la sangre, el café, el vacío, el lodo, la oscuridad era lo mismo: plastas de tinta. Con ese recurso arrancaba mi narración, una hipérbole, el origen de la historia iba hasta la tinta misma. Una mamonearía con la que me arriesgué para condensar la fugacidad de los recuerdos, cuando intentaba llegar al origen de mi historia.

Para mi clase, usaba la repetición de la tasa de café, luego el lodo de una inundación, la oscuridad en un cuarto en el que no podía ver mis propias manos frente a mis ojos. Pero hablaba de mi abuela y de mi relación con ella cuando tenía diez años.

En la conversación con mi mamá, mi tía y mi hermana no hablé de la ausencia como escribí los dos párrafos anteriores.

Después de la muerte del abuelo pasaba las tardes con mi abuela. Estaba en quinto de primaria. Me dolía el estómago todos los días. En el salón de clase varios niños eran dos o tres años mayores, debido a que habían repetido grados. Aunque pequeño, era el grupo más ruidoso. Hablábamos de sexo y masturbación. Los niños más indisciplinados acosaban a las niñas de otros salones y del nuestro. Durante los primeros meses de clase, tuvimos una joven profesora sustituta, a quien también acosaban. Los acosos pararon cuando regresó la profesora titular. Ella era mayor. La violencia contra ella consistía en esconderle sus lentes. En una ocasión, después de que ella los reclamara durante media hora, uno de los niños los puso sobre el asiento de la profesora. Justo cuando estaba por darnos el ultimátum, se sentó sobre sus lentes, que no aguantaron el peso de su cuerpo.

Ese salón de clase y la casa de mi abuela eran los lugares en los que prefería estar siempre. Era donde menos me dolía el estómago y no me daban ganas de cagarme.

Una tarde, a la hora de salida, fingí que copiaba la tarea del pizarrón, aunque ya la copié en cuanto la profesora dio la indicación. Esperé a que se fueran todos de clase y me quedé dormido. Fueron minutos. Pascual, el conserje me despertó, tocando mi hombro con el mango de su trapeador.

¿Qué hace aquí, jovenazo? ¡Vámonos! ¿Iban a venir por usted o qué? Aquí no se puede esperar, tienen que irse allá a la entrada. ¡Vámonos! dijo pascual. Sus ojos rojos, la saliva pastosa en su sonrisa caída. Aunque me miraba, su vista iba a dar dos asientos detrás de mí. Olía a tabaco, sudor y marihuana.

No dije nada, me levanté y caminé a la salida.

Jovenazo, olvida su mochila. Luego dicen que yo me robo las cosas. ¿Qué chingados me voy andar robando? Soy vicioso, no mañoso. Son ustedes pinches escuincles, que andan dejando todo tirado, que no valoran el esfuerzo de sus padres.

Gracias Pascual, le dije, cuando me colgaba la mochila en los hombros.

Él, ya de espalda a mí, había movido todos los mesabancos del fondo del salón y sacudía el piso con su trapeador, arremolinando toda la tierra hacia el otro extremo, haciéndola marchar disciplinadamente.

No encontré a ningún niño de la escuela ni en los patios, ni en el parque de enfrente, ni en el trayecto a casa. Al llegar, esperé en el porche recostado sobre unas sillas de madera. Mi mamá aún no llegaba.

Hacía viento, en el porche. Hojas secas y arriscadas se arremolinaban en el polvo. Yo enroscaba mis brazos bajo mi chamarra, que me había quitado para cobijarme con ella. Esa tarde sentí frío, aún cuando llegué a la casa de la abuela y me metí debajo de las cobijas.

Más tarde herví café, me senté ante la mesa al lado de mi abuela. Serví un pan dulce para ella, otro para mí. Ella miraba hacia la puerta cerrada. Parecía que dormía con los ojos abiertos, aunque a veces parecía que ni respiraba. A momentos un gran suspiro salía de su cuerpo.

Mis amigos fueron a buscarme. Les faltaba un jugador de futbol.



Dejé a mi abuela sola para ir a jugar fútbol.

Para una clase escribí sobre esa tarde.

---Texto para clase-----

Tocaron. Abrí la puerta. Áaron y Ramón, mis amigos, me fueron a buscar.

—¿No vas a salir?, dijo Aarón.

—Si, ahorita que me termine mi pan con café.

—Se reventó un tubo en el cerro, junto a la pila y se inundó un lado de la loma. ¿Vamos?,

Ramón emocionado.

—Si vamos. Pero saldré en un ratito.

En la tele, frente a la mesa, salían los créditos de una telenovela. Un hombre erguido amenazaba con un machete a una mujer arrodillada. Ella lloraba.

Era una tarde fría de mediados de enero. Afuera, el viento sonaba en los guamúchiles.

—Abuela tu café se va a enfriar. Tu pan se va a poner duro.

—No, ahorita me lo como. Suspiró.

Ni sorbo, ni bocado. Yo ya casi me acababa el pan que remojava en mi café con leche.

—¿No lo quieres abuela?, si quieres te lo guardo.

—Si, ya me lo estoy comiendo.

Fui a dejar la tasa y el plato con migajas en el lavaplatos. Desde la cocina la vi con su vestido negro, sentada en su mesa, de espalda a mí.

—Abuela, voy afuera.

—Si mijo, cuando vengas voy a poner frijolitos para comer con pan virote, ¿bueno?

Salí a la calle. Mis amigos esperaban sentados en la banqueta. Me dolía el estómago.

Vivíamos en las faldas de un cerro, donde la calle pavimentada terminaba después de una cuesta.

Cuando mis amigos me vieron salir se levantaron y los tres corrimos cuesta abajo. El viento revolvió mi cabello. Me puse el gorro de mi sudadera. Al llegar a la esquina dimos vuelta y seguimos hasta la loma, un baldío donde jugábamos fut y beisbol

Al llegar vi que estaba inundado. Se había formado una laguna junto al cerro y la loma. Otros niños y vecinos miraban desde la orilla. Del otro lado, tres adolescentes rebotaban piedras sobre el agua. El Shorongo, un perro flaco y sarnoso, tomaba agua.

Toqué el agua café, lodosa y fría. Aunque me había puesto el gorro de mi sudadera, seguía sintiendo frío. Los otros niños llevaban chamarras.

—Voy por un sueter, no me tardo, les dije a los otros. No voltearon, arrojaban piedras sobre el agua.

Corrí a casa de mi abuela. Mis tenis mojados escurrían agua y rechinaban a cada paso.

Empujé la puerta. Ella seguía en la mesa. El cuarto apenas iluminado por la tele y el ruidajo de comerciales.

—¿Abuela, Ya no quieres tú café? ¡Estás a oscuras!

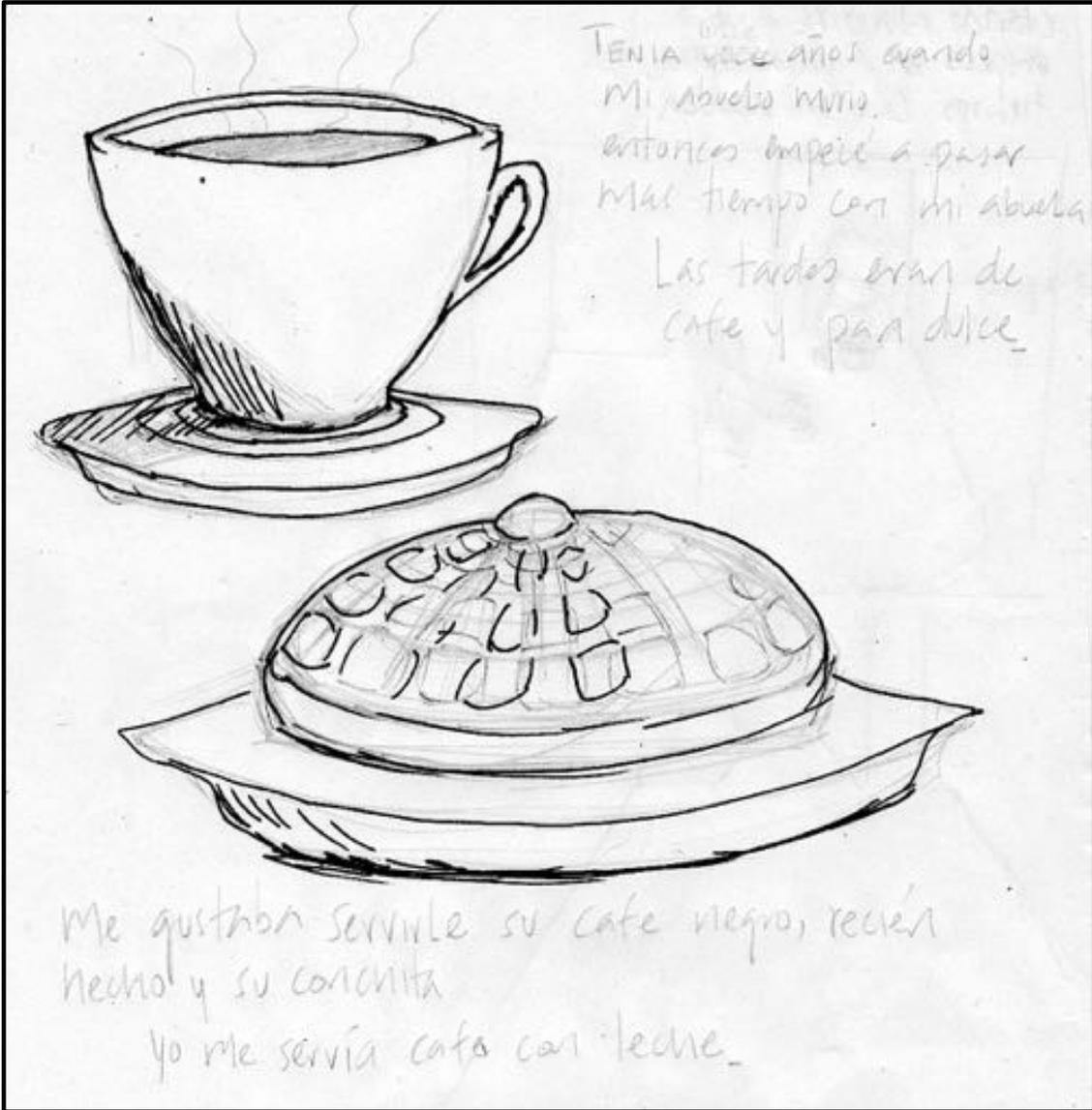
—Si mijito, me lo estoy tomando.

La tasa fría. El pan duro. Ni sorbo, ni bocado.

—¿Que no ibas a salir, pues?, —me dijo—, Cuando vengas voy a poner frijolitos.

Mi boca estaba agria y subía el dolor de estómago por el pecho.

---Concluye texto para clase----



TENIA hace años cuando
mi abuelo murio.
entonces empecé a pasar
mal tiempo con mi abuela
Las tardes eran de
café y pan dulce.

Me gustaba servirme su café negro, recién
hecho y su conchita
yo me servía café con leche.

Caigo en cuenta que he empezado a odiar el término, concepto o género:

"NOVELA GRRRRÁFICA".

Aunque las he mamado a lo pendejo. Al chile que entre novelas gráficas y comics me chuté como 200 en poco menos de dos años. Dejé de hacer las lecturas para mis clases de maestría, les di la espalda a recomendaciones de mis amigos y compañeros de clase. ¿Qué puta verga me importaba el soneto bizantino? Me clavé leyendo *Watchmen*. A huevísimo que me pasé por el culo a Gustave Flaubert, cuando hablaron en clase del tal discurso indirecto libre, yo quería que se acabara la sesión para regresar al apartamento a hacerme un chingadazo de café con leche, mi pan dulce y ponerme a leer *El Eternauta*, un cómic argentino de lo mejor que he leído en los pasados diez años.

Otra novela que fue escrita para mí fue *Stitches*. Cuenta la historia de un niño que, contenido en dibujos grisáceos, usaba la enfermedad para comunicar. Y por supuesto *La Asensión al Gran Mal*, donde el protagonista David B, cuenta el calvario que él y su familia viven al pelear la enfermedad de su hermano mayor.

Tomo cerveza mientras escribo. Escucho reguetón de Karol G.

Esa tarde que me fui a jugar futbol con los vecinos, me recuerdo jugando en una tarde fría, con los últimos rayos de sol calentando mi espalda mojada por sudor, mientras corría con todas mis fuerzas. Creo que si alguna vez jugué bien al futbol fue esa tarde. Hasta anoté goles.

La Loma era una tienda de abarrotes, en la Cinco de Mayo, el barrio donde crecí en Hermosillo, donde mis abuelos tuvieron su casa. Como parte de la tienda, había un cuarto contiguo, que contenía dos mesas de futbolitos, de las que solo servía una de ellas. La otra la jodió uno de los clientes que se enojó una vez que perdió. Adolescentes y adultos entraban ahí. Vino a cubrir el espacio de convivencia que brindó un billar que años antes se incendió. Adolescentes y adultos, pasaban ahí gran parte de su tiempo. Tomaban cerveza y fumaban mariguana, a veces en el interior, a veces en un patio que había detrás de la tienda.

Aunque constantemente los sacaban, todos los niños querían estar ahí, viendo lo que hacían los mayores. A mí no me gustaba ir. Entré una o dos veces, para que me dijera 'El Bellota', un adolescente hijo del dueño, ¿A dónde vas? ¡Órale, pa'fuera! ¡A chingar a tu madre, pinche chorejón!

No me gustaba ir. No porque me echaran, confieso que me divertía las agresiones verbales que hacían contra mí u otros niños. Además de que la mesa de futbolitos me resultaba aburrida, me molestaba que hiciera tanto calor adentro. Las paredes cubiertas con cartones de cajas, agarradas con clavos, manchadas con cenizas de cigarros apagados. El olor a sudor y orines me resultaba insoportable.

Escribí de la loma para juntar varias cosas en un mismo espacio. En el guión, la loma era un baldío, basurero convertido en campo de futbol. En el relato, se revienta una pila de agua, en la parte alta del cerro. Toda el agua va a dar a la loma. La gente acude a ver la inundación. No

recuerdo como se me ocurrió. En ese tiempo leía bien duro a Kafka. Me fascinaba que en sus relatos se iba recio, el pobrecito. Quisiera escribir cuentos de ese lugar. El referente más cercano a un lote baldío que tengo hoy es la curva, el basurero de mi calle. Para llegar a él solo hay salir a la calle de tierra y caminar veinte pasos hacia la derecha. Bajar en el camino para tropezar con pedazos de muebles, cascarones de televisiones, animales muertos, escombros, piezas de carros, un chingo de llantas. Casi cien metros de puro pinche cochinerero, dijo Armando el vecino de a lado, la madrugada que se quemó la curva.

La Navidad pasada, con la tronadera de cuetes, hubo un incendio y se quemó la ladera del cerro. El fuego fue a dar hasta una de las propiedades en la parte más alta, consumió dos autos. Varios vecinos acudimos a echar cubetadas de tierra y agua, para extinguir el fuego, hasta que llegaron los bomberos.

En la loma de mi relato de Hermosillo, la calle bajaba hasta ella. En la curva de Tijuana también baja la calle, pero aquí nadie juega fútbol. La gente cruza caminando o en carro, con altas posibilidades de que las llantas se ponchen. La inundación que ocurrió en la curva, fue generada por los bomberos, cuando extinguieron el fuego. Esa madrugada, varios vecinos, algunos aún vestidos con ropa de fiesta, nosotros en pijamas, escuchamos el siseo del fuego, a veces gruñido, la columna de humo descarrilada, alzándose al cielo rojizo.

Ya estoy escribiendo demasiadas pendejadas esta noche. Sigo abriendo y abriendo, alargando detalles, sobre basureros, espacios abandonados, reales e imaginarios. Me pierdo en mi propia estética de miseria de los lugares en los que vivo.



Tuve culpa durante un tiempo, por haber hablado con mi mamá y mi tía esa noche. Borracho les reproché que hubieran dejado sola a la abuela en manos de un pinche lepe, que por las noches se meaba en su cama. Los tres lloramos esa vez. Me arrepentí. Quizá por hurgar con el afán de "reconstruir" el pasado de la familia, me sentí con el poder suficiente para reprocharles. Las juzgaba.

Cuando les empecé a platicar, en las primeras frases ellas supieron a dónde iba, y tenían la guardia alta ante mis palabras. Pero cuando empecé a platicarles de los detalles de la tasa del café frío, del pan dulce sobre el plato, y de los cigarros enteros de ceniza, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Desde entonces temo lo incontrolable que puedan llegar a ser esas situaciones. Me pesa la tristeza que pueda surgir. Los distanciamientos que puedan brotar en estas preguntas y comentarios mal guiadas.

Ya había pagado depósito y primer mes del apartamento 3, en El Paso. Aunque recargados contra la pared, contaba con la base de la cama y el colchón, un escritorio para estudiar, utensilios de cocina, un horno microondas, artículos de limpieza. Pero no dormía ahí. Seguía quedándome en casa de mis amigos quienes me dieron asilo durante mis primeros días en la ciudad.

Para sacarme de su casa, mis amigos tuvieron que llevarme al apartamento, encerrarme ahí, correr al carro y huir a toda velocidad, cerciorándose de que no los persiguiera por la calle.

Los primeros días me costó mucho estar en el apartamento. Consistía en un cuarto, con baño, cocina y closet contenido en cuatro metros por cuatro. Aunque era una casa vieja que se dividió para múltiples alquileres, todo en mi cuarto estaba nuevo. Piso, pintura, baño, sink.

Era lunes. Ese día no tenía clases, pero muchas lecturas que hacer para la semana. Mi mochila y un morral repleto de libros y copias. Salí a la tienda a comprar jamón, huevos, pan, queso y tres latas de cerveza. En el comic aparecen como "Toxic", pero era en verdad *Milwakee's Best Ice*. La lata costaba un dolar con 65. Era la más barata. Gasté doce dólares en total, de 45 que tenía para el resto del mes.

Además del poco dinero que tenía, tuve un problema los primeros días con mi número de seguro social. Eso quería decir que mi pago se retrasaría y no llegaría el primero de octubre, como estaba programado.

Al regresar de la tienda me senté en una silla frente a una de las tres ventanas que tenía el apartamento, las otras dos estaban en el baño y cocina. Daba a un patio polvoriento, con el piso cubierto de hojas secas y flores amarillas, por donde paseaban y retozaban al menos 15 gatos.

Puse la lata de cerveza sobre la cornisa, junto al teléfono móvil, al que conecté el cable de los audífonos para escuchar la radio FM local. Esa noche descubrí la 92.33, The Fox (KOFX), una

radio de El Paso que programaba canciones de rock clásico y lo conduce un chicanísimo Mike Guerrero. Apagué todas las luces, me tomé las tres latas, suficiente para emborracharme.

Para dormir, acomodé la cama con la cabecera orientada hacia la ventana. Esa misma noche detecté un polvo en el cuarto, residuo de algún material de construcción, quizá yeso o emplaste de las recientes remodelaciones.

Escuché el tren cerca. Ningún otro ruido, ni perros ladrando. Poca luz entraba por la ventana. Poco antes de las seis de la mañana me desperté tosiendo. Me molestaba una comezón en la garganta. Me alisté. Me hice desayuno y lonche para más tarde y salí del cuarto.

A las siguientes noches le bajé un poco a la cerveza y añadí horas de lectura. Solo un poco. Casi nunca escribía en el apartamento, sino en las oficinas de la universidad o la biblioteca. En el apartamento solo tomaba pequeñas notas en mi cuaderno y sobre todo en los papelitos que pegaba por todas partes.

A medida que avanzaban los días, la tos se volvía constante.

En una ocasión en vez de ir a trabajar tuve que cruzar la línea para ir a las farmacias similares, pagar una consulta de 38 pesos y comprar medicamentos. Al parecer la tos la producían los gatos que vivían alrededor del edificio.

Los gatos eran atendidos por una vecina que vivía en la planta baja, junto a las escaleras. No solo les daba de comer, también estaba atenta a que estuviera vacunados y cuando la temperatura era baja, los metía su porche. Un cuadrado de tres metros por dos, el que tenía cubierto con varias capas de plástico, para que los gatos se resguardaran.

Ahora que lo pienso, en ese lugar no había ladridos de perros, sino maullidos y gruñidos de gato. Tampoco recuerdo haber tenido pesadillas ahí. Las debí haber tenido, pero no las recuerdo por ahora. En vez de eso, tuve algunas noches de vigilia, en las que veía la densa oscuridad sobre

mi cama. La poca luz que entraba al cuarto por las ventanas, se proyectaba en otras partes, excepto el techo, donde colgaba un abanico que desaparecía junto con la luz. Ese bloque negro se tragó horas y horas, ideas con las que fantaseaba escribir bestsellers y relatos mamalones.

Pensaba en geniales argumentos para mis cuentos, en personajes malditos, diálogos rompehuevos que harían a mis compañeros decir, vaya este culero escribe mucho mejor de lo que creíamos. Ahora vemos porqué está aquí entre nosotros, quizá no es tan bueno, pero merece oportunidad de educarse, el pobrecito.

Hasta entonces, nunca había vivido solo. Poco a poco fui aprendiendo a dormir y a pasar más horas ahí. A cambio de lapsos de descanso, entregaba al bloque algunas ideas. Dejaba que se tragara todas mis ocurrencias, que no eran tantas. Esa cloaca flotante hizo el trabajo de ponerme en blanco, quizá hasta la próxima vez que visitara Tijuana.

Al siguiente verano clausurarían la ventana, para instalar un aire acondicionado. Entonces, el apartamento se convirtió en una celda de oscuridad. Una vez que bajaba el interruptor, mi estado físico desaparecía. Se quedaban conmigo algunos sonidos que llegaban desde el otro lado de la puerta, voces lejanas de alguien que me gritaba frases desde un carro a 150 kilómetros por hora, baúles siendo arrastrados en el piso de abajo, la arena en el viento arreciando contra la hermética celda, pero hacia el interior todo se disolvía.



Durante la primavera y verano de 2012, asistí, en Hermosillo, a un taller de escritura con Carlos Sánchez. Nos reuníamos dos horas, los sábados, un grupo aproximado de diez personas, quienes pretendíamos escribir relatos cortos. El taller consistía en realizar ejercicios de escritura que Carlos nos proponía.

Ejercicio: Escribe durante los próximos 20 minutos sobre un ser al que quieras mucho. Puede ser vivo o muerto.

Ejercicio: Escribe un relato a partir de la frase "la pelota en el aire". No necesariamente tiene que ser la primera frase del relato, incluso no tiene que aparecer tal cual.

A continuación, una versión del primer ejercicio escrito en el taller de Carlos Sánchez.

-----inicia ejercicio-----

Recuerdo mi infancia como si toda hubiera ocurrido en verano, hasta que enfermó mi abuelo. A partir de su enfermedad todo fue invierno.

En casa de mi abuela, para protegernos del verano Hermosillense nos quedábamos en casa. Después de la hora de la comida, aproximadamente a la una de la tarde, me echaba sobre el piso recién trapeado, frente al culer en la velocidad más alta. A veces, durante los meses de julio y agosto, cuando el calor era más insoportable, me daba un regaderazo.

Solíamos ver tele, pero lo que más hacía en horas era leer historietas. Leía los *Libro Vaqueros, Sensacionales de Traileros, de Policías, y de Barrios, ¡¡Así Soy...!! ¿y Qué?* o *Condorito*, mi preferido. Con las historietas empecé a leer algo distinto que no fueran los libros escolares. Al principio solo veía los dibujos. Después me esforzaba por leer los cuadros y burbujas. Al poco tiempo leía fluido.

Me fue mal en los primeros años escolares, pero leía rápido por las horas tragadas por las historieta.

¿Cuál te lees ahora Edgarcín?, me decía mi abuela. No importaba cuál le mostrara, siempre contestaba, ah, ese ya me lo eché. ¿Te digo el final? Todos se mueren. O, el cura es el diablo. Pero resultaba que en la historia que leía no había ningún cura. Cuando se lo decía reía a carcajadas.

Solía quedarme dormido. Despertaba con el olor a café recién hervido. Era el final de la tarde. Mi abuela ya había servido mi tasa junto a un pan dulce.

Ándele mijo, tómese su cafecito y su pan para que salga un rato al patio, antes de que sea noche.

Otras veces, cuando veía que no despertaba con el olor a café, traía un pedazo de hilo y lo pasaba por mi brazo, apenas rozando mi brazo. El cosquilleo me hacía despertar de repente, revisándome el brazo. Su carcajada tronaba por toda la casa. A veces tenía que sostenerse de algún mueble para no caer o golpeaba sus rodillas con la mano abierta.

No importa las veces que repitiera esta broma, siempre me levantaba sonriente y con mucha energía. Me comía mi pan, me tomaba mi café y salía a jugar con los niños vecinos.

Otras veces, mientras tomaba mi café, me contaba charras o jugábamos baraja o dominó. Le encantaba hacer trampa. Decía que jugar derecho no tenía chiste. Esa era su premisa, inventar maneras de estirar las reglas, a eso enfocaba siempre su atención. En ocasiones la observaba jugar al solitario cuyas reglas cambiaban constantemente. Hubo ocasiones en las que no salí, por quedarme en la mesa con mi abuela.

Se llamaba Adelina, pero sus ocho hijos la llamaban Adela o Titi, cuando no la llamaban Amá. Yo la nombraba "abuelita" cuando estaba con ella, pero cuando me refería a ella la llamaba abuelita Titina.

Además de leer historietas por las tardes, en casa de la Titi, me gustaba tirarme al suelo a dibujar. En otras ocasiones ella me contó historias, anécdotas para que yo me durmiera. A veces lo logró, en otras ocasiones fue ella quien terminaba roncando.

Titina me contaba historias a diario. En sus relatos, hacía de pronto pequeñas pausas, bajaba la voz en frases como, Y luego, o, Después.

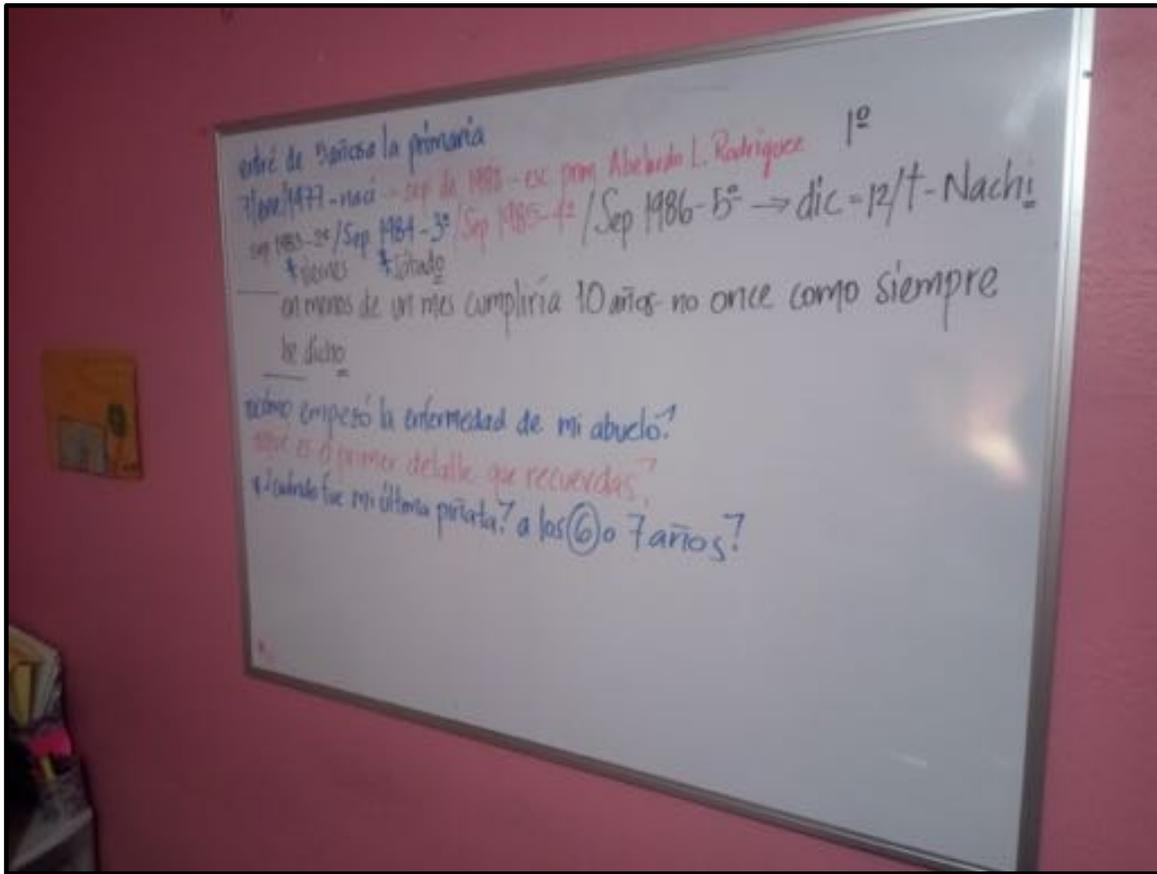
Se quedaba callada hasta que yo decía, ¿entonces QUÉ?

Tarufi, No seas desesperado, tienes que ser paciente y escuchar.

Me llamaba Tarufi cuando me equivocaba. También cuando me golpeaba accidentalmente con algún mueble o tropezaba. Cuando yo era impaciente.

Muchas de esas historias no las recuerdo. Los recuerdo a ella y a mi abuelo, en su casa, en fiestas, en conversaciones.

-----concluye ejercicio-----



el martes 16 de febrero de 2021 - noche
Envié las tres preguntas a mi mamá por whatsapp

Fragmentos de Transcripción - Archivo: Audio-Mamá-2021-02-26-at-9.54.52-AM.

Sobre cómo empezó la enfermedad de mi papá, pues tu abuelito empezó a tener dolores de garganta, como si fuera dolor de angina, cuando nos duelen las anginas, así. Molestias al tragar y por lo general era de un solo lado. A él le molestaba al tragar, así, incluso inclinaba la cabeza, como si al inclinarla la comida se le fuera a ir del lado que no le molestaba tanto, ¿no?

Y mi papá empezó a ir con un doctor, un médico particular que lo subrogaba el ISSSTESON, el Chavez. Y el doctor lo atendía y le daba medicamento para una infección en la garganta y se le quitaba, se le quitaba la molestia y ya volvía a la normalidad, supuestamente. Y

pues al poco tiempo otra vez tenía el mismo problema. Yo creo que así estuvo alrededor de año y medio en que tenía el problema de la garganta e iba al otorrino y lo curaban con medicamento, ¿no? Hasta que tu abuelito empezó a enroquarse y ya no se le quitaba, primero fue así muy leve y luego pues ya empezó, pues, acuérdate que tu abuelito trabajaba cantando, y ya no se le quitaba y en una ocasión, el mismo médico que lo atendía estaba en un restaurante y mi papá fue a saludarlo y lo oyó el médico y le dijo, Ah, Ernani o Nani —no me acuerdo si le decía—, que ronco estás. Y ya le dijo mi papá, sí ya tengo tiempo así.

Ah, pues eso hay que revisarlo, vete al consultorio. Y al otro día fue mi papá, le hicieron estudios después de esos estudios, de acuerdo a los resultados, pues le dijo el médico que veía ahí algo raro y que le tenían que hacer una biopsia.

Entonces, pues ya lo programaron para eso, todo esto fue ahí en la Clínica del Noroeste. Lo programaron para hacerle la biopsia, eh, se internó, le hicieron la biopsia y pues salió rápido, ¿no?, porque solamente le quitan un pedacito de tejido de la garganta. Y bueno, ya después de eso, pues enviaron los resultados al laboratorio, los llevamos con un, ahí ya le habían comentado a Fernanda, Fernanda ya le había comentado a Ribera y como los resultados estaban con un patólogo que era conocido de Ribera, pues le dijo que le enviaran los resultados a él. En ese entonces, Ribera también era parte del isssteson, estaba como subdirector médico del ISSSTESON, entonces pues se puedo hacer ese trámite sin ningún problema. Y pues ya ahí Ribera me habló y me dijo que fuera a su casa para platicar. Y pues ya desde ahí, empezó así como la angustia de que algo anda mal, ¿no? Después de esos resultados, que me cite Ribera para platicar en su casa. Y ahí fuimos tu papá, tu tío Raúl Sáinz y yo, fuimos primero a casa de Fernanda y Ernesto a platicar y pues si, ya nos dijo que, que tu abuelito tenía cáncer de garganta, de laringe y que pues era necesario revisarlo un poco más a fondo para ver cómo estaba y todo ese show. Él nos recomendó en ese entonces

que si lo podíamos llevar a Tucson al Hospital de Oncología, o sea creo que fue en el Hospital de la Universidad en el Departamento de Oncología. Ribera tenía ahí un amigo muy cercano y nos mandó con él y sí, luego, luego conseguimos, de hecho, él habló y nos consiguió la cita. Ya para ese entonces, tu abuelito tenía pasaporte, entonces pues nos fuimos. Nos llevó tu papá y nos fuimos los cuatro. Ya lo atendieron, tomaron estudios y todo y como a los tres días nos dieron los resultados y el médico de ahí, de ese hospital nos dijo que el cáncer ya estaba muy avanzando, que no se le podía hacer ya ningún tratamiento, así como para tratar de bajar el problema, pues que regresáramos con nuestro médico y que ya él iba a ver qué es lo que se tenía que hacer.

Entonces, pues ya nos regresamos todos agüitados, todos tristes y pues ya fuimos otra vez con Ernesto. Ya Ernesto, para entonces nos cito en su consultorio, ya con mi papá y mi mamá y pues ya les dijo, ¿no?, cómo estaba todo el problema el avance de la enfermedad y pues que él recomendaba tratamiento de quimio primero y luego operar.

Y bueno, pues así se hicieron las cosas, todo esto fue en el mes de septiembre, tu abuelito estuvo yendo a quimioterapia por octubre y noviembre, más o menos. Luego ya en diciembre fue así como un descansito. Y ya le dijo Ribera que lo iban a operar a principios de enero, luego, luego. Y pues así estuvo todo este proceso hasta antes de la operación. Ya después de la operación fue otro proceso mucho más doloroso sobre todo para él, ¿no?

Pero pues esto, ya te lo puedo platicar luego, luego que vengas si quieres. Como me preguntaste, ¿cómo empezó? Bueno es cómo empezó y cómo fue este proceso así como de dos años, ¿no?

Y pues, obviamente, nosotros estábamos encabronadísimos con el otorrino, porque él pudo darse cuenta desde antes, mucho antes y tal vez hubiera podido pues alargar un poco más con

tratamiento con quimio y no hubiera sido tan rápido la evolución de la enfermedad ya después cuando nos dimos cuenta, ¿no?

Así estuvo, mijo. Ahí si quieres luego, pues me preguntas. ¿Sale?

Besitos.

----- fin de transcripción -----

Conocí a los perros en casa de mi abuela. Al primero que recuerdo se llamaba Pluto. Así nombraron a varios perros que tuvieron. El que recuerdo era café, mediano, orejón, sin más detalles. A todos lados me seguía. Cuando iba a la tienda, a las tortillas. Yo no era su dueño, pero le tenía mucho cariño. Siempre le guardaba comida en una servilleta o en mi bolsa para dárselo más tarde. Murió envenenado por un vecino. Pluto iba y venía sin correa ni collar. En ese tiempo envenenaban la basura, porque los perros la tiraban, o porque mataban algún gato.

Un día lo dejé de ver. Al preguntar, mi abuela me informó. Pero no me dio detalles. Siguió con lo que estaba haciendo.

Recuerdo que le pedí durante mucho tiempo un perro a mis papás. Pero me decían que el patio de nuestra casa era muy chico.

Un día, mi abuela Martha, mamá de mi papá, les preguntó a mis papás si queríamos un perro, porque la mascota de la vecina acababa de tener crías. Mis papás dijeron que si. Lo nombramos Tobi. Era un perro mestizo que tenía colores parecidos a los de un san bernardo. Mi hermana Vania y yo fantaseábamos con la idea de que su papá fuera un perro de la nieve.

Duró muy poco en casa. Lo atropellaron.

Un día regresé de la escuela primaria, pensaba en el perro y lo llamaba por su nombre. Caminaba por la banqueta a unos pasos de casa, cuando Olivia, la vecina, me llamó desde su salón de belleza para decirme que habían atropellado al cachorro. Que una picap pasó y que el perro jugaba a media calle cuando el auto lo golpeo. El perro aullando, corrió hacia la acera opuesta de casa y se tumbó a agonizar durante minutos.

Me recuerdo llorando, cruzando la calle hacia el cadáver, echado de costado sobre un charco de su sangre. Sus ojos cerrados a medias.

De noche lo volví a ver, regresábamos a casa, cuando los focos del auto proyectaron luz sobre el animal, sus ojos de perro brillaron.

Volví a llorar esa noche, en mi cama. Antes, mis papás nos dejaban tenerlo en mi cama o la de mi hermana antes de dormir.

A la mañana siguiente, el cadáver ya no estaba. Me enteré después, en la adolescencia, que cuando dormíamos esa noche, mi papá llevó al Tobi a un lote baldío, lejos de casa, donde no lo viéramos.

-----A fragmentos del segundo ejercicio del taller-----

Nunca fui un buen atleta, pero siempre disfruté el juego. En ese tiempo jugábamos "el carro". Se jugaba con pelota de esponja, emulaba las reglas del beisbol y el quemón. No recuerdo bien cuantos niños armaban los dos equipos. No había posición de picher, solo había dos bases. Nos insultábamos los unos a otros constantemente.

Ese viernes íbamos ganando. Yo me había "subido a las bases" en todos mis turnos. Jugué primera y segunda, creo que cometí errores, pero receté a tres. A veces cometíamos errores adrede para recetar. Esa vez no fue la ocasión. Surje la pregunta, ¿por qué "recetar"? "Recetón" era otro juego que consistía en tratar de golpear a la mayor cantidad de oponentes posible con una pelota, generalmente de esponja (definiciones web).

La clase de educación física ocurría los viernes. Iniciaba justo después del recreo y terminaba hasta la hora de salida. De tal forma que cuando terminaba la clase de educación física, terminaba el horario escolar, empezaba el fin de semana. La hora de salida era marcada por tres campanadas. La primera de aviso para acabar con la clase, la segunda para estar listos, la tercera de salida definitiva.

Recuerdo golpear la pelota con todas mis fuerzas. La pelota se elevó y después pegó en el piso. El Gordo Arredondo se acercó a la pelota, corrió hacia mí cada vez más cerca de la segunda base. Me eché un clavado. Yo y la pelota en el aire. La primer campanada. El recetón tronó en mi espalda. Algo tronó en esa ocasión. Ese viernes se murió "El Nachi", mi abuelo. Su muerte partió a la familia. El abuelo había vivido por casi dos años con cáncer en la tráquea, murió de una hemorragia. Alguien dijo que su sangre chispeó el techo del cuarto. Ese mismo "alguien" me dijo que mi tía Sylvia, cambió las sábanas empapadas de sangre, para que los demás hermanos no las vieran cuando llegaran. Yo llegué a la habitación cuando todo estaba limpio y "presentable" para

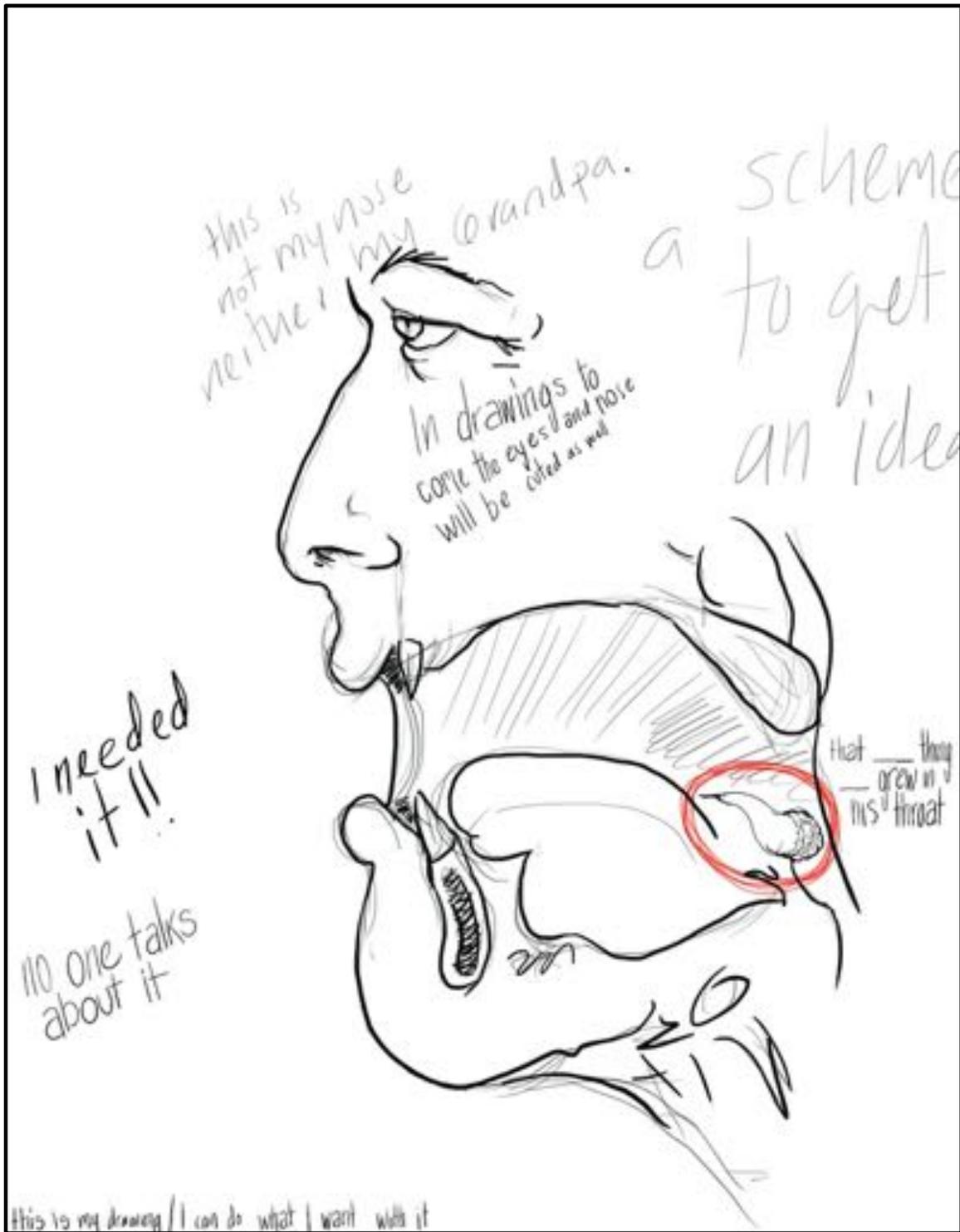
nosotros. Cuando llegué solo oía llantos, gritos. No recuerdo quien estaba ahí. Antes de entrar a la habitación yo ya estaba llorando. Cuando entré, a pesar de que era poco después de las dos de la tarde, había poca luz. Mi abuelo estaba acostado en la cama, tenía sus ojos cerrados, estaba tapado con una sábana blanca del cuello a los pies. Su cuerpo me parecía más largo de lo normal y su cara blanca. Su boca estaba abierta.

Desde entonces pienso que ese momento en que la campana sonó y la pelota me recetó, en ese mismo instante, mi abuelo murió. Mi cuerpo se estrelló irremediamente contra el piso, mi abuelo, su sangre..... A veces sueño que la pelota es lanzada hacia mí y se queda suspendida, yo golpeo pesadamente el piso; otras la pelota me golpea y soy yo quien se suspende; solo una vez vino mi abuelo y platicó de todo menos de su muerte. Platicamos, pero no recuerdo qué me dijo. Lo recuerdo como siempre, alto, llevaba su barba. Fue menos serio que de costumbre y sonreía.

Ganamos el juego por tres o cuatro carreras. No recuerdo muchas cosas de ese día, lo que comí o qué ropa usaba. Tampoco recuerdo haber escuchado canciones.

Recuerdo que mi mamá tardó más que lo acostumbrado en llegar por mí al salir de clases. No sé si antes pensé en las coincidencias. Las he cuestionado, fantaseo en saber cómo operan. Vuelvo a ese momento.

-----Concluye fragmentos del segundo ejercicio-----



En mayo de 2020, un mes después de que se declarara la pandemia en México y Estados Unidos, concluyó el semestre. Contrario a lo que sucede después del cierre de cursos, yo seguía sin dormir.

Quien iba a dirigir mi tesis, me dijo que no podría seguir trabajando conmigo. Yo cargaba con culpa por no haber seguido avanzando en mi proyecto, por haberlo dejado tirado más de un mes. Me dolía el estómago la mayor parte del día. Constantemente pensaba en El Paso, en mi departamento, en que quizá había dejado algún aparato encendido y que en cualquier momento por sobrecalentamiento se originaría un incendio, una pequeña chispa que abasaría mi cuarto, después la casa entera. Aunque no quisiera, empezaba a hacer un recuento de los libros que había dejado en mi apartamento, pero más irramplazables eran para mí todas las notas y bocetos que hice antes de partir. Los libros que debía de la biblioteca universitaria y la biblioteca pública. ¡Todo eso se va a incendiar!, me despertaba pensando por las noches.

Ante la situación, decidí solicitar sesiones terapéuticas a los Servicios de Psicología y Consejería de la Universidad. Concerté una cita que se llevó a cabo por medio de una llamada telefónica.

A los primeros minutos de exponer lo que me sucedía, descubrí que no solo tenía culpa, sino también coraje. Además de eso, la consejera me dijo que yo atravesaba por una crisis, y dado el tiempo por el que estábamos pasando era algo normal, que mi cuerpo estaba pasando por momentos difíciles.

Gran parte de lo que producía mi situación de stress, además del contexto COVID19, era no sentirme productivo, presionarme a mí mismo al punto de estar agobiado. Me sugirió cambiar de proyecto, consideró sumamente difícil lidiar con la enfermedad, la ausencia y el duelo durante momentos de pandemia.

Si no cambiaba de proyecto, que por lo menos me tomara un break. Al no hacerlo contribuiría enormemente para seguir adquiriendo ansiedad. Insistía, no tenemos que ser productivos las en 24/7. ¡Eso es insalubre para la mente! No te preocupes, de todos modos nadie sabe que eres un escritor. ¿O lo saben en Tijuana?

Y lo más importante, en situaciones normales gran parte de nuestro estrés es querer controlar lo incontrolable. Ahora imagina lo que sucede en esta situación de pandemia. Guárdate entre la gente que quieres, como lo estás haciendo. Disfruta de tu familia, ahora que pueden estar juntos. Aprovecha este tiempo para estar con tu pareja. Traumas y situaciones difíciles resurgen durante los momentos de crisis.

Construye una rutina gratificante de descanso. Considera que quizá no quieres dibujar. Eso está bien, escucha la señal de tu cuerpo.

Algo que admiré de mis suegros desde el momento que los conocí era su entrega al trabajo, a su paletería, a su familia. Don Juan solía despertar a las 4 de la mañana, para estar media hora después organizando su venta del día. Doña Isabel despertaba poco después para estar a las ocho de la mañana, atendiendo la preparación y venta de sus aguas frescas.

Con la pandemia, las ventas y el movimiento en la paletería disminuyeron drásticamente, pero mis suegros siguieron con sus hábitos laborales. En sus palabras, la pale era como el rancho, siempre hay mucho que hacer. Gran parte de su venta se iba en puestos que tenían en el interior de escuelas secundarias públicas. Para ellos sus clientes era lo más importante.

Cuando enfermamos, el chingadazo que todos recibimos fue no ver de pie a Doña Isabel. Don Juan ya había sido internado, antes convaleció durante días con altibajos. La salud y estado de ánimo de mi suegra fue en declive. Durante una semana tuvimos que ayudarla cada que iba al baño. Durante sus días críticos, la escuché delirar, y quejarse de dolor.

Yoli y su hermano Jando estaban la mayor parte del tiempo con ella. Le preparaban y servían la comida a ella, luego a Beto y a mí.

Yoli dijo que ella se despidió de su papá el día que lo fueron a internar, sabía que no lo volvería a ver. Se preparó de esa forma para concentrarse en su mamá, quien sufre de hipertensión.

Yo estaba con Filo, acurrucada por el frío sobre una barda afuera del hospital. Luego nos fuimos al carro y esperamos hasta las 4 de la mañana, dice Yoli, sobre la noche que esperaba con sus hermanos a que ingresaran a Don Juan.

Luego me metí un ratito al carro, no aguanté el frío. Más tarde, cuando supimos que mi papá se iba a quedar, nos fuimos. Pero al ratito Jando recibió una llamada del hospital, le pedían que volviera a convencer a su papá o a llevárselo porque no podía haber personas internados contra su voluntad.

Antes de que lleváramos a mi papá, hablé con el esposo de Gandolfi, el médico, y me dijo que su nivel de oxígeno era muy bajo, que tenía que internarlo cuanto antes, necesitaba constantemente estar conectado a un tanque, que habría altas probabilidades de que mi papá tuviera secuelas debido a la falta de oxígeno.

Mientras esperaba en el carro, me puse a ver el teléfono, tampoco me podía dormir. Leí en el horóscopo, que ese día sufriría una pérdida de la que tardaría en reponerme.

Más o menos sucedió, como esperábamos. Ya conocemos a mi mamá, sabíamos que al no estar Charrito, ella se iba a ir para abajo. Yo no podía soportar también la pérdida de mi mamá. Tenía mucho miedo, pero creo que me di cuenta hasta días después.

Durante los días de pandemia me empezaron a llegar un chingo de correos y mensajes de Whatsapp todos los días. Nomás oía el teléfono suene y suene. Pero yo me dije, a ver. Es, o cuidar a mi mamá y estar con ella, o todo se va a la mierda.

Ese martes, cuándo me enteré de la muerte de Don Juan, también tuve la responsabilidad de atender el teléfono cuando sonara. Debía ser yo quien contestara y decir que mi suegro seguía estable en el hospital. Nos preocupaba también que la noticia se diera a conocer en Facebook.

Necesitábamos aplazar que la noticia llegara a mi suegra. Su ánimo estaba decaído, apenas se recuperaba de su oxigenación, pero seguía el tanque conectado a su respiración. Tampoco queríamos que la noticia llegara a Beto, quien al enterarse le diría a su mamá.

Ese martes, imaginé que todo el mundo ya se había enterado afuera de casa. Desde las once de la mañana el teléfono empezó a sonar. Hermanos y conocidos de Don Juan hablaban para preguntar cuándo serían funeral y entierro. Al menos quienes hablaban eran discretos. Algunos pedían hablar con Isabel, mi suegra. Yo decía que estaba dormida o que hablar la agitaba, pero que estaba bien.

Cada puta vez que el teléfono sonaba, sentía un escalofrío que subía desde mis huevos hasta la garganta. Regresaban otra vez las ganas de cagarme, aunque acabara de hacerlo.

Solo queríamos que un médico la revisara antes de darle la noticia, en caso de que necesitara algún medicamento o tranquilizante. Aplazamos la noticia durante dos días.

El médico nos visitó por la mañana y revisó a mi suegra. Estaba ya en recuperación, los resultados de sus análisis dieron negativo con relación a COVID. Yoli entró a la sala, que se había convertido en nuestra habitación de convalecencia durante las pasadas dos semanas. Güero, por favor puedes atender a Beto. Ya tenemos que hablar con mi mamá. Sólo quédate con él y contéstale lo que te pregunte.

Firme, caminé por el pasillo, directa a lo que iba. Cerró la puerta detrás de sí. Yo tambaleante tras ella, entré al cuarto de Beto, lo abracé, cuando empezaron los gritos, los no puede ser, los no me digan eso.

¿Qué pasó? ¿Qué tiene Chabe (Doña Isabel)?, me preguntaba Beto.

Después de que le dieran la noticia a mi suegra, dormí un día entero. Se fue el malestar. Pero ya no quería levantarme de la cama. Observaba el entramado de madera que había en el techo de la sala. Mi teléfono se había llenado de mensajes. Amigos y familiares me escribían para conocer mi estado de salud. Empezaba mi mejoría, después de que me retiraran el tanque de oxígeno.

Desperté, El viernes por la noche. Karina, cuñada de Yoli, consiguió y mandó pruebas COVID-PCR para todos en casa. Negativo.

Nos preocupaba que pudiéramos contagiar a integrantes de la familia durante el funeral, que se llevaría a cabo el domingo.

Después del funeral, los días iniciaban y terminaban con nosotros echados sobre la cama-sofá, en la sala. Mirábamos el entramado. Afuera arreciaba el viento. Por uno de esos días fue Navidad.

Poníamos películas en la tele, pero no veíamos nada. Si era una serie avanzaba capítulo tras capítulo hasta que el reproductor preguntaba si alguien estaba viendo. Las películas concluían. Después la tele se apagaba sola.



El Cheli, mi tío murió el 11 de diciembre.

Su papá, Don Nachi, el 12.

Charrito, el 14.

Primero mi abuelo en 1986, de 52 años, cuando yo tenía nueve, a días de cumplir diez. Después el Cheli, murió en el 2004, él tenía 41 años, yo 27. Charrito en 2020. Yo de 43, él de 77.

El único parecido que encuentro es con lo cercano de las fechas en diciembre. Quizá eso es mucho, pero a mí no me dice nada. No encuentro otras coincidencias, ni patrones o relación alguna. Pongo los nombres en distinto orden según la fecha, pero nada.

José Ernani Araos Ferrer - nació 04/19/1934 - murió el 12/12/1986 - tenía 52 años

José Luis Araos Robles - nació el 08/03/1963 - murió el 12/11/2004 - tenía 41 años

Juan Chávez Gómez - nació 03/30/1943 - murió el 12/14/2020 - tenía 77 años

Llegó hasta aquí. No sé qué más escribir. Pienso abortar este informe. Posponerlo para después, como lo hice con la novela gráfica. Tengo días sentado acá, dando teclas a la computadora. Ayer me di cuenta que no he salido, pero la pantalla ha quemado mi piel. Hoy han vuelto los vientos a arreciar contra las ventanas. Me he movido por varias partes de la casa, pero en todas siento que soy un cerote propagando mi hediondez. Para que tuviera fuerza la metáfora anterior, debería ser que el aire se llevara mi fétidez, pero no es así. El ventarrón traqueteando la ventana no aligera nada esta noche, al contrario, es una carretada de escombros sobre mí.

Los fragmentos de este informe, son un mosaico desarticulado, desordenado, inconexo. Si bien me propuse este proyecto con el propósito de ordenar mis recuerdos, estoy fallando rotundamente. Quizá necesito trece años como Art Spiegelman para completar mi proyecto. En una entrevista le oí decir que para recordar, tuvo que poner en orden cronológico esas imágenes de pesadilla y colocarlas en cajitas, para entender por lo que pasó su familia.

Aunque mis padres o abuelos no hubieran sobrevivido un holocausto, tome las palabras de Spiegelman más como máxima que como premisa. Pero he perdido mi rumbo. No importan los dibujos, palabras o notas que haga sobre immaculadas hojas blancas, cuadernos, recicles, postits, almanaques, periódicos, papel de baño. No importa si me los tatúo en la nalga izquierda.

Mi trance es un proceso fallido. Guardo memorias, con el afán de reciclarlas. He mantenido esta pendejada demasiado tiempo, pensando que convertiría materia fecal en oro. Más que guardar, acumulo compulsivamente, no colecciono ni organizo, solo las apilo como basura. Eso, mis memorias que pienso me conectarán en algún momento con mi pasado perdido, un cofre que al abrir brotan del interior ratas, perros muertos, escombros, espejos rotos.

Mis papелitos no guardan geniales ideas, sino ilegibles caracteres que proponen vacíos, inconexiones, lagunas mentales.

Decir que anoche me largué del informe molesto es poco. ¡Iba emputadísimo! Pero lo peor vino después cuando en mi saliva surgieron gordas burbujas, que efervescentes brotaban por mi nariz.

Después de escribir párrafos enteros, que contenían artefactos que más que reflejarme como espejos, proyectaban precisas tomografías de mi estupidez, hablaba pestes, decía rabietas como: hasta el culo estoy de esta pendejada, yo no sé porqué termino siempre escribiendo estos putos mamotretos, pinche cárcel laberinto, le debí hacer caso al pendejo aquel y escribir un puto poemario o un libro de cuentos sueltos y caguengues. Suelto tengo el estómago de tanta pendejada que me trago.

Sentía mis palabras tronar contra la pared, cuando al conectar el cable HDMI a la tele, levanté mi cabeza y me golpeé en la esquina de la repisa. Fue ahí cuando la apabullante espuma estalló por boca y nariz, además de un hilo de sangre que corría por mi sien. Tal coraje, me hizo patear un taburete que usamos para poner libros y cuadernos, con tal fuerza que tronó contra la puerta.

De suerte que estaba solo, de haber estado Yoli en el cuarto o de haberme escuchado, me hubiera corrido de la casa, con todo y mi espumita balbuceante.

Entre cuadernos y otras hojas que cayeron por el cuarto, había un folder con hojas que guardo desde antes que ir a El Paso.

---transcripción de nota---

Tijuana, 11 de julio de 2018

No recuerdo conexión con abuelo. Me regaló piñata oso panda. Demasiado pequeño para tener una conexión con él. Además de estricto me trató con poca paciencia. Soy consciente de que fui difícil y desordenado.

No recuerdo resentir su ausencia. Enganché al dolor de familiares, sobre todo abuela.

me mamé toda la angustia, ansiedad, dolor, no ausencia del abuelo,

no tuve apego o una necesidad de crecer a su lado - no me enganché por la edad. vi ver jodida a mi abuela. perdí su atención.

nieto consentido no pude contra la muerte del abuelo

se rompió conexión con ella

La muerte de él me lo quitó todo

El - le tuve coraje. Hasta hoy no pensé idea antes.

Ella - la extraño.

Entré al cuarto. Abuelo tendido en cama. cara Azul. boca cerrada quijada hacia un lado.

tu abuelito se murió. Grité. Me doblé hacia enfrente. Mi antebrazo sobre tocador. vuelvo a verlo, ojos cerrados, cubierto de los pies hasta al cuello con una sábana blanca. si no hay conexión por qué grito esa tarde. ¿ver a un muerto? todos los demás gritando?

detalle de piñata debió haber sido hasta los 6 o 7 años. falté a la escuela por estar enfermo de gripa.

o quizá fue sábado -> veo calendario

/ 7/ene/1977 - nací

/sep de 1982 - esc. prim Abelardo L. Rodríguez 1º - 5 años

/ sep. 1983 - 2º (*cumple en viernes) - 6 años

/ Sep. 1984 - 3º (*cumple en sábado) - 7 años

32 año después los extraño a los dos

----fin de transcripción de nota----

Hace días que no escribo.

Me he contestado algunas preguntas sobre escribir acerca de las enfermedades de mi familia, sobre hurgar en los momentos difíciles. Tenía que ver con el ideal de solidaridad que surge en la familia: al que enfermaba lo cuidaban.

Mis papás me iban a dejar a casa de la abuela, ella siempre me recibía. Me alimentaba, me daba medicina, me acompañaba.

Pero también recuerdo en que otros primos menores fueron llevados, mi hermana. Me tocó atenderlos. Me gustaba estar con la abuela, ir a la tienda a comprar lo necesario para la recuperación de mis familiares.

Siempre me cuidó, excepto una vez.

Esa vez estuve enfermo gripa, pero también con vómitos.

Mi papá me llevó a la casa de mi abuela. Pero al llegar la puerta estaba cerrada. Ni en invierno cerraban la puerta. Bajamos. Entramos. Las cortinas cubrían las ventanas. La mayoría del tiempo las cortinas corridas dejaban entrar la luz. Fui al sillón. Papá fue al cuarto del abuelo. Mi abuela salió. Le dijo en voz baja a mi papá, que mi abuelo había pasado una noche muy difícil. Mi papá le dijo que volvía en menos de una hora por mí.

Mi abuela me tapó con una cobija. Me quedé dormido. Desperté, papá me cargaba. En el auto vomité de vuelta a casa, le decía que me dejara con la abuela. Me dijo que no me podía cuidar, que mi abuelo estaba muy enfermo.

Después de la muerte del abuelo, libraría mis convalecencias solo. Mi mamá cuidaría de mí, pero ya no la abuela. Aunque estaba en su casa, ella había perdido el interés. La mayoría de las plantas en su casa se secaron. Me recuerdo exagerando mi dolor y malestar sin resultados. A veces mi abuela me observaba sin mostrar gesto o reacción, sin parpadear.

----- hasta aquí voy -----

Anoche me acosté en la cama sofá de la sala. No había ventarrón. Apagué todas las luces. Miraba los tablones sobre el techo, el abanico. Buscaba algún ruido. Solo escuchaba el tictac del reloj en la cocina junto al ronroneo del refrigerador. La Naila, la Sandunga y el Chapo dormían a mi lado. Yoli en el cuarto con su mamá.

Suelo poner la tele para arrullarme con el audio de películas que no veo. Pero preferí el silencio televisivo.

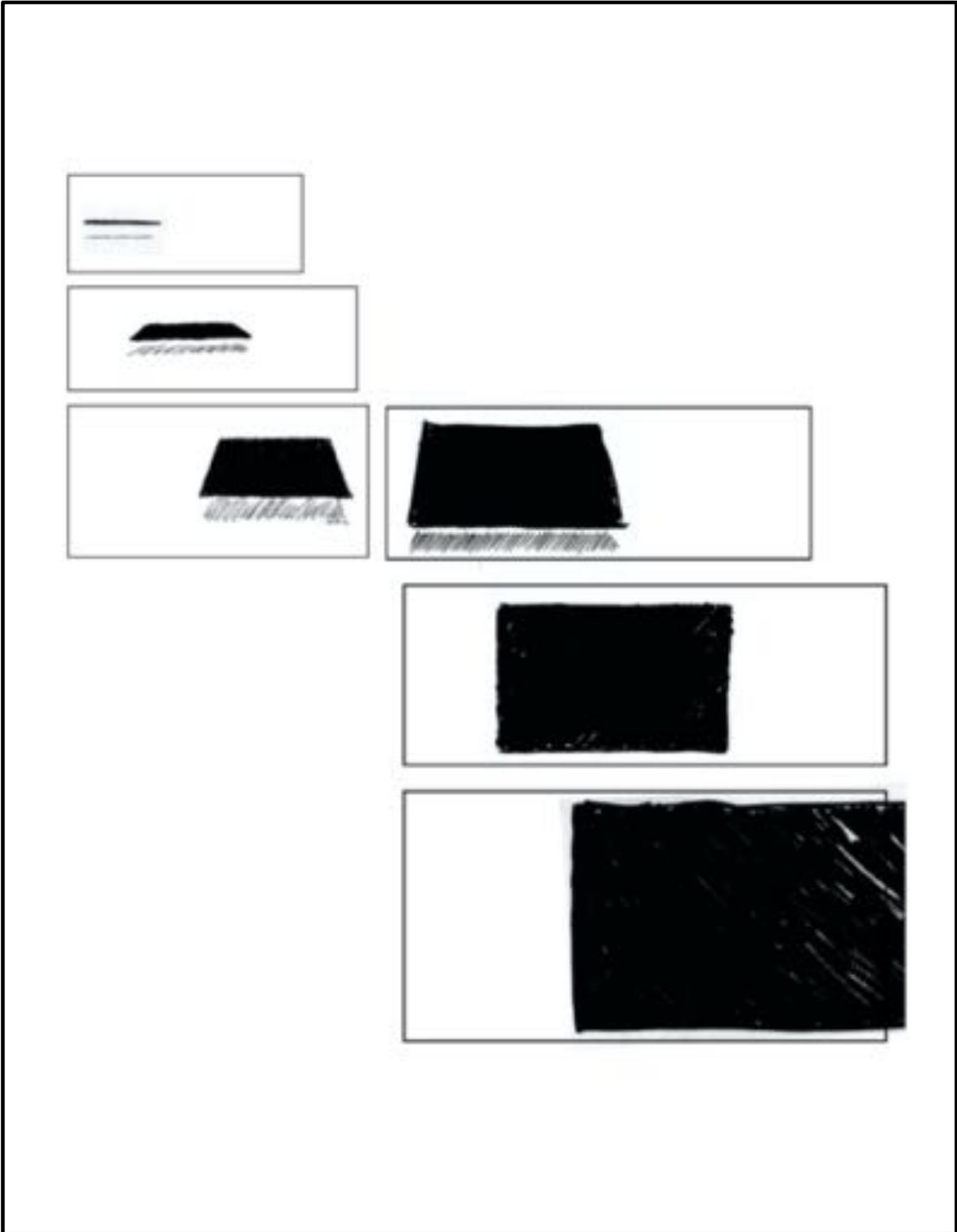
Desapareció el refrigerador. Luego el reloj. Volteé de hacia al abanico, pero ya no estaba. El bloque en el techo se lo estaba tragando todo. Yo ya me había disuelto. Solo perduraba la respiración de los perros.

----- ¿hacia donde sigo? -----

El comic que dibujaba, y que no he vuelto a tocar desde la última semana de noviembre, iniciaba con grandes bloques negros. Sugerían una pulsión incontenible, una especie de marea interior, latente en todos nosotros. En ese arranque exageraba la búsqueda hasta el origen. La tinta, la sangre, la materia viva de esta historia: ¿el génesis?

La primer versión la dibujé con lápiz, después la entinté con un marcador viejo, que ya casi no pintaba. La segunda la hice en digital. Dejo esa idea aquí, como quien se baja de un tren destartado, que traquetea cuesta arriba; o quizá esa idea me suelta a mí. Sé que volverá, nos hemos separado varias veces, que hasta hoy no han sido tantas. Volverá, volveré.

No creo que empecemos igual. De todo lo que he barajado hasta hoy, con todo el desmadre que ha pasado durante la pandemia, la idea que más me gusta es la que inicia con la curva incendiándose, un 25 de diciembre de 2020. Siluetas en pijamas que corren cuesta abajo, acarreando cubetas llenas de agua o arena.



Voy al origen de esta historia



ANTES DE ESTO NO HUBO NADA

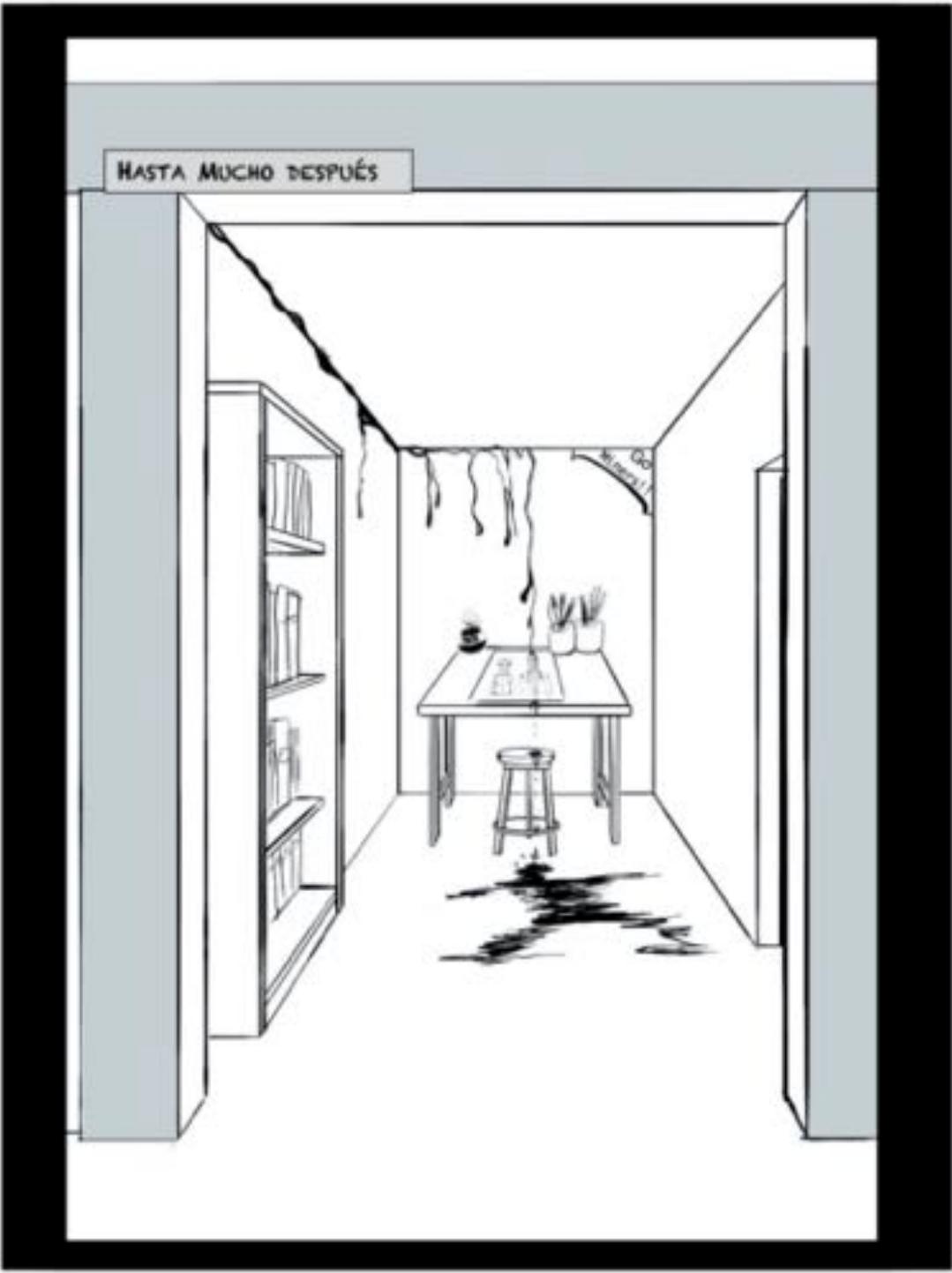


SOLO UN MURMULLO DE TINTA



QUE NO ATENDÍ...







EL RETRATO QUE
HICE DE MIS ABUELOS.

DIBUJARLOS TUVO UN
COSTO.

ME COMUNICABA ALGO



PREFERÍ NO
ESCUCHARLA

VITA

Edgar Aguilar Araoz, Hermosillo, Sonora, México, 1977. Es Licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Sonora. Al egresar se dedicó a producción de medios audiovisuales. Del el año 2000 a 2013 forma parte del Departamento Difusión Cultural en el Colegio de Sonora, como Profesional Especializado en Medios de Difusión, donde se desempeñó como fotógrafo, productor de radio y camarógrafo.

En el 2018, ingresó al programa de Escritura Creativa por la Universidad de Texas en El Paso (UTEP), con un proyecto de novela sobre familia y enfermedad y pandemia.

Ha publicado en la relatos *Revista Rio Grande*, en *Pez Banana* y *Alta Noche*.

Actualmente se interesa por temas como migración, frontera, violencia, masculinidad, arte secuencial y audio visual.

Correos: vista_devilidad@hotmail.com // tractor0t@gmail.com